tam tam

NOVELAS ECSA

LAS JOYAS DE LA PAGODA



LAS JOYAS DE LA PAGODA

Bab Fleming

Colección TAM-TAM n.° 19
Publicación semanal
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona (23)

ISBN 84-7518-051-5
Depósito legal: B. 30.072-1982
Impreso en España - Printed in Spain
1ª. Edición: octubre, 1982
2ª. Edición en América: abril, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona - 1982

tam
tam
tam
tam
tam
tam

NOVELAS
ECSA

CAPÍTULO PRIMERO

EL Boeing 727 de las líneas aéreas indias había abandonado el Pakistán Occidental y sobrevolaba el desierto de Thar, hacia el norte, en dirección a Nueva Delhi.

Llevaba sesenta viajeros a bordo, funcionarios y ejecutivos de gran rango, que procedían mayoritariamente de los países árabes, en particular del Golfo Pérsico.

En la cabina de pasajeros, dos personas se levantaron simultáneamente de sus butacas tras consultar el reloj: las doce en punto del mediodía, hora convenida para la operación.

El primero de ellos —alto y rubio— fue directo a la cabina de pilotaje.

El otro —rubio también y de constitución atlética, pero un poco más joven que el primero— se abalanzó sobre la azafata que tenía más próxima y le colocó la pistola en los riñones.

—¡Quieta, bombón! —le dijo el agresor—, ¡Lamentaría estropear tu linda espalda!

—¡Oh!

La chica, una bellísima india llamada Arjmand Singh, que hablaba correctamente inglés, volvió a repetir:

—¡Qué Brahma nos guarde…! ¿Se trata de un secuestro, *sir*?

—Por supuesto que no, preciosa *rani*[1] —replicó el rubio con fino modales—. Mira, encanto… Nosotros no reivindicamos nada, ni nos importa que el mundo marche patas arriba… Sólo pretendemos quitar algún peso de encima a los sesenta pasajeros del avión… ¿comprendes, princesa?

—¿Robarles?

—Eres una muchacha inteligentísima. Anda, pues —apremió—, tranquiliza al pasaje e invita a las señoras a que salgan de los asientos y se coloquen en el pasillo una detrás de otra, pero sin alborotar, ya que no estamos en ningún *meeting* feminista.

Como Arjmand Singh dudase, el rubio le apretó el cañón de la pistola en los riñones.

—¿Notas pinchacitos en la columna?

—Me haces daño.

—Pues obedece, criatura, y serás la mujer más feliz de a bordo —la

animó el rubiales. Y para demostrárselo, agregó—: Al final te daré un beso que recordarás toda tu vida.

La azafata resbaló sobre la última promesa por considerarla excesivamente cariñosa. Se limitó a explicar por los altavoces cuáles eran los deseos del pistolero.

Una enorme sorpresa —transida de inquietud y pánico — cundió entre los tranquilos y multimillonarios pasajeros de Beirut.

Para normalizar el desconcierto general —que parecía que iba a eternizarse—, el atracador alzó la voz, gritando de forma dura y restallante:

—¡Rápido! ¡Silencio! ¡Muévanse de los asientos o bailarán al son del gatillo!

Ante tan inequívocas palabras, las asustadísimas señoras —animadas ahora por los hombres— se apresuraron a cumplir la orden.

Mientras esto ocurría, el otro rubio se había colado en la cabina de mando para reducir a los oficiales de vuelo, que apenas ofrecieron resistencia, acostumbrados como estaban a la constante piratería aérea.

Las mujeres llevaban trajes escotados y veraniegos. La temperatura en Nueva Delhi oscila entre los 27 y 35 grados centígrados en el mes de julio y bajo las difíciles condiciones del monzón, que convierte algunas comarcas interiores en verdadera saunas infernales.

La adorable azafata Singh despojaba a las pasajeras —el pistolero no quería manosear a las señoras por aquello de la urbanidad— con mucha eficacia. Sortijas, pendientes, collares, brazaletes, pulseras… y cualquier objeto fabricado con miserable oro y pedrería iba a parar a un talego de plástico situado para tal fin en la última butaca del tren de pasajeros.

—No se olvide de los billetitos sueltos —le recomendaba el rubiales de vez en cuando—. Todo suma.

En efecto, las damas portaban una buena cantidad de dólares en sus coquetísimas carteras de piel.

—¡Lástima de tanto *traveller's check*! —se quejó razonablemente el pistolero.

Sin embargo, no era grosero ni se mostraba descortés o chungón con las despojadas señoras. Por el contrario, las despedía con cálidas sonrisas, palabras de disculpa, y a veces hasta estimuladoras.

Incluso las aconsejaba. Por ejemplo:

—Cuando emprenda otro viaje, milady… póngase la bisutería falsa.

O bien:

—Encontrará unos pendientes iguales en «Diamond-Chop», cerca de la mezquita de la Perla. Pregunte por el dueño del establecimiento, el señor Vishnudevananda, y dígale que va de parte mía. Seguramente le hará una rebaja porque suelo mandarle muchos clientes al cabo del año.

Si alguna señora se pasaba de lista —como el caso concreto de Meg

Gaynor, esposa de un alto ejecutivo de la Texas Oil Company—, la bellísima azafata Singh —constantemente bajo la pistola del atracador— no vacilaba en levantarle la falda ni en bajarle el pantaloncito, que, en aquel momento, valía 60.000 dólares, gracias a la magnífica esmeralda que la avarienta americana había deslizado en tan turbador escondite.

Pero el rubio —lejos de afear la tramposa conducta de la señora— le dedicó una sonrisa doble… mitad por la esmeralda y mitad por el maravilloso estuche que acababa de mostrarle Margaret Gaynor… Meg para los amigos.

—*Thanks you very much*[2]…. ¡Un deslumbrante escaparate, mistress!

La galanteada tartajeó un mal inglés, indignadísima.

—Idiot!… Inmecile!… Erotic!…

Apenas terminó el desfile de las féminas, el rubiales decretó el turno de los caballeros. Los puso militarmente en columna de a uno, para que pasaran ante la azafata y le hicieran entrega de sus medallas, cadenas, alianzas, relojes, nomeolvides, carteras y demás bagatelas dignas de tan importantes personajes.

Sin embargo, Arjmand Singh se ruborizó una barbaridad cuando tuvo que buscar un Longines de oro, con cadena del mismo metal, a cierto individuo que lo había ocultado allí donde antes ocultara Meg Gaynor su valiosa esmeralda.

Viendo los apuros que pasaba la muchacha indagando por dentro del slip del hombre, el rubio se mostró muy duro con él.

—Es usted un indecente sujeto, Griffith O'Sullivan —le dijo, tras pedirle el pasaporte para saber con quién trataba—. Debiera avergonzarle que la señorita Singh tenga que hacerle un reconocimiento completo delante de su mujer.

El aludido, rojo de indignación, se limitó a cerrar la vitrina por donde le habían requisado el reloj.

Sin mayores incidentes, los sesenta viajeros del Boeing quedaron expoliados en menos de media hora.

El rubio número dos, que encañonaba a los pilotos, obligó a que solicitaran un aterrizaje de emergencia en Agra —volaban a unas noventa millas de la ciudad— para descargar a una pasajera en situación de inminente parto.

Dicha señora iba acompañada por su marido —un diplomático acreditado en Bangkok— y por el secretario de éste, míster William Kerr.

Pero el señor Kerr era además médico y temía complicaciones coronarias de la parturienta, ya que había pasado por sustos similares durante su difícil embarazo.

Esto complicaba las cosas. En el avión viajaba una mujer en peligro de muerte y un niño próximo a nacer.

La respuesta de los controladores de Agra fue instantánea. Dispusieron la pista número seis para el aterrizaje de emergencia del Boeing, mientras avisaban al Hospital Devadatha Vayu para que mandaran una ambulancia al aeródromo con carácter urgente.

Entonces…

De los lavabos del trirreactor, situados en el tercio de cola, surgió una muchacha de acusados rasgos orientales, muy bella sin duda, aunque extremadamente demacrada en virtud de una hábil maquillación.

Se trataba de la esposa japonesa del diplomático de Bangkok, es decir, de la señora Michiko Yasukuni.

Aunque la señora Yasukuni presentaba un vientre completamente liso, William Kerr se preocupó de engordárselo delante de la asombrada concurrencia. Disponía para ello de un relleno del mejor plástico, y con un ombligo dilatable para absorber la fortuna que Arjman Singh había recogido de los simpáticos pasajeros.

A continuación, Michiko Yasukuni se cubrió con un kimono amplio, de inconfundible estilo pre-mamá. Pero aún hizo más, pues, a partir de aquí, la «embarazada» empezó a gemir tan lastimeramente y demostrar tales retortijones de tripa, que más de un pasajero estuvo tentado de acudir en auxilio de la fulera.

El rubiales que se introdujo en la cabina de mando, Robert Clayderman, advirtió a los pilotos:

—Hay una potente bomba en las bodegas del Boeing que explota con ultrasonidos… — el atracador mostró un pequeño dispositivo que llevaba en la mano izquierda— y fácil de manejar a distancia. Así que no vacilaré en mandar la señal si alguno de ustedes alerta a la policía, aprovechando nuestra salida del avión. El reactor se convertirá entonces en una pira funeraria.

El copiloto —un escocés nacionalizado hindú— demostró cierta ironía al replicar:

—No tengo vocación de cadáver, míster, porque sé que no ganaría en el aprecio de mis buenas y numerosas amigas… pero, ¿cómo podemos estar seguros de que el artefacto no estallará durante el corto trayecto de Agra a Nueva Delhi? ¿Tenemos que basamos exclusivamente en su palabra? ¿No nos puede ofrecer mayores garantías?

—Me temo que no —graznó Clayderman en el mismo tono—. Solamente mi palabra y basta.

—No pongo en duda su honorabilidad —prosiguió el escocés, escasamente convencido—, pero ¿y la bomba?… ¿es tan formal como usted?

—Todavía más —dijo—, porque está programada por un técnico en acústica. Pero no traten de buscarla ustedes hasta que aterricen en

Nueva Delhi.

—No se intranquilice por eso —repuso nuevamente el copiloto—, que santos tiene la iglesia y artificieros la policía. Nos olvidaremos de tan estimable bomba hasta que lleguemos a la capital del Estado. ¿Está de acuerdo conmigo, capitán Swami?

El piloto de la Indian Airlines se limitó a asentir con un golpe de cabeza. Era un individuo de pocas palabras.

—¿Lo ve usted? —interrogó el escocés, encarándose con Clayderman.

—Si siempre se comportan con la discreción de hoy —se burló Clayderman— vivirán ustedes muchísimos años.

—*Thanks you, thanks you… sir* —enfatizó el aviador con grotesca urbanidad.

Mientras Clayderman sostenía esta conversación con los pilotos, la hermosa Arjmand Singh hacía lo propio con los pasajeros, y en parecidos términos, ya que sólo traducía en alta voz las consignas que recibía de William Kerr.

—Que nadie se mueva del asiento cuando aterricemos en Agra para desembarcar a la señora Yasukuni… que va de parto, y a los señores que esgrimen las pistolas, que son altos funcionarios de la embajada inglesa en Bangkok.

—En caso contrario —agregó Kerr—, el avión saltaría por los aires.

Tras estos parlamentos, Michiko Yasukuni se quejó de tal forma que rompía el corazón de los caballeros al fingir que «rompía aguas».

El aparato perdió altura, enfilando la población de Agrá…

Entre los muchos templos, pagodas y mezquitas que se divisaban desde el avión, lucía el bellísimo mausoleo regio del Taj-Mahal, erigido en memoria de la amada esposa de Shah Jahan, apodada Muntaz-I-Mahal, es decir, la «Elegida del Palacio». Un auténtico sueño hecho de mármol, de arte, y de piedras preciosas…

* * *

Desde la terraza del restaurante del aeropuerto, un individuo grueso y de mediana edad observaba las evoluciones del Boeing con unos prismáticos de largo alcance.

Mientras abonaba los whiskys, que había tomado, preguntó al indio que le acompañaba:

—Este avión… ¿No es el «Agni» que procede de Beirut?

—*Yes*… coronel.

—Apea el tratamiento. Dime, ¿tiene el «Agni» escala en Agra?

—No, por cierto… *sahib.*

—Así está mejor… ¿Qué le ocurrirá entonces?

—Tal vez una avería.

El hombre dejó una fuerte propina sobre el mostrador, exclamando:
—Siento curiosidad…

Y se dirigió a la Oficina de Información.

Andaba con la elasticidad de un tigre de bengala.

Capítulo II

LA escalerilla fue acoplada a la puerta del Boeing y una ambulancia se situó junto a la misma.

Dos funcionarios de Aduanas, destacados en un jeep, evacuaron las diligencias reglamentarias para que la parturienta y los hombres con pasaporte diplomático se trasladaran rápidamente a la Sala de Maternidad del Hospital Devadatha Vayu, donde eran esperados.

Segundos después, el Boeing volvía a despegar, con el morro emproado al norte, hacia las primerizas y azuleantes estribaciones de la gran cordillera Himalaya.

Los componentes de la ambulancia se abrían paso por las calles de Agra a golpes de sirena, y, aún así, se avanzaba poco.

Tampoco —y por parte alguna— las modernas urbanizaciones de la ciudad podían eclipsar la arquitectura mogol del siglo XVII— llena de fantasía y riquezas—, ni los múltiples tenderetes arracimados a la entrada de los templos, por donde circulaban los privilegiados[3] junto a las turbas hambrientas y miserables de aquella India que la señora Indira Gandhi había dotado de la bomba nuclear, sin la menor vergüenza.

El Hospital Pediátrico se encontraba en las afueras de la urbe, rodeado de un bosque de cocoteros, en dirección a la abandonada ciudad de Fatehpur Sikri.

El vehículo seguía avanzando calmosamente por las arterias ciudadanas debido a la pasividad de los transeúntes y a la filosófica marcha de las vacas y cebúes, que buscaban por las calles una piel de plátano o cualquier hoja vegetal extraviada, ajenos por completo a las angustias de sus moradores…

—¡Lo mismo que muertos vivientes! —exclamó el impulsivo Kerr observando aquel cuadro a cámara lenta.

Michiku Yasukuni estalló en desesperados gritos para activar la sangre del conductor que parecía jugo de chufas prensadas.

En las proximidades del Fuerte Rojo, Clayderman se abalanzó sobre el chófer y su acompañante, advirtiendo:

—Les estoy apuntando con una pistola. Obedezcan y no les pasará nada. ¿Me han comprendido ustedes?

La consigna era fácil, y los hindúes —tras un momento de sorpresa y

temor— se mostraron de acuerdo con los británicos.

—Certainly[4]!

Pero el conductor —que tenía un corazón más grande que la ciudad santa de Lhasa—, se atrevió a modificar su precipitada aquiescencia.

—Y la señora… caballero… ¿qué será de ella? —gimoteó—, ¿tampoco piensa usted en la criatura? ¿Se siente capaz de dejar a la madre sin su hijo?

—Qué hijo ni qué… ¡A callar! —gruñó ahora Kerr—, Ni la señora está preñada ni lo estuvo jamás en la vida. Al menos que yo sepa…

—¡Por todas las encarnaciones de Visnú! —exclamó el camillero boquiabierto—, ¿qué engendro lleva entonces en la barriga?

—Espere a verlo…

Habla hablado Michiko Yasukuni al tiempo que se despojaba del kimono pre-mamá y mostraba esplendorosamente su desnudez de geisha.

El compañero del chófer, que observaba atentamente a la mujer en sostén y pantaloncito, deslizó de forma sibilina:

—El asunto puede arreglarse.

—¿Qué asunto?

—El embarazo de la señora.

Clayderman estalló en una carcajada.

Kerr, que tenía el pensamiento ocupado en sí mismo, le interrogó con la mirada.

—¿De qué te ríes?

Pero fue la propia Michiko quien respondió:

—El indio se ofrece a fabricarme el niño, que me hace falta para ingresar en el Hospital Devadatha Vayu y justificarse así el paseo de la ambulancia por las calles de Agrá. —Viendo que el tipo sonreía como el rajá de Kapurthala, inquirió—: ¿No es así, buen hombre?

La apasionada sonrisa del camillero se hizo más vehemente para demostrar que sí, que le estaba leyendo el pensamiento.

—Un tío rápido ¿no? —vomitó Kerr—, ¡Y con la cara de pasmado que pone!

—No tiene otra —dijo Clayderman, para cortar la impulsiva violencia del compinche—. Anda, ayuda a Katherine —se refería a Michiko—, Desabróchale las tirillas de cuero de los muslos y las caderas… —Luego, se encaró otra vez con el conductor, ordenando—: Cuando llegues al final de la calle, tuerce a la derecha.

—¿A los Baños del Jumna?

—Antes de llegar… Verás unos bajos abiertos. La puerta tiene forma de herradura… ¿comprendes?

—¿He de meter la ambulancia dentro?

—¡Digo! —gruñó—. ¡Y deja de tocar la sirena!

Aún disminuyó más la velocidad del furgón, ya que los transeúntes, tristes y sin que nadie les diera prisa, viajaban sumidos en meditaciones trascendentales…

El camillero-chófer consiguió por fin avistar el local que le indicara Clayderman.

—¿Aquí, *sahib*?

—Sí, no te detengas.

La ambulancia fue tragada por el arco de la puerta que inmediatamente se cerró a sus espaldas.

La luz del exterior se filtraba por unos *mucharabiés o* celosías horadadas en mármol blanco. El recinto debió ser antiguamente la *zenana*[5] de algún guerrero o comerciante de calzón suelto. Estos caballeros montaban como podían sus económicos escondites amorosos, puesto que carecían de grandes palacios como los fastuosos rajás.

Ante los recién llegados apareció inmediatamente un grueso individuo, que era el mismo personaje del aeropuerto que presenció el aterrizaje forzoso del Boeing.

—¡Gregg Larson!

El aludido se rió, exclamando:

—¡Robert Clayderman y el bandido de William Kerr…! ¡Medio año sin vernos, muchachos…! ¡Ah, qué poco esperabais que fuera yo el cerebro oculto de la operación! — En seguida se fijó en la muchacha que saltaba de la furgoneta con las piernas enfundadas en unos *jeans*—. ¡Vaya, vaya…! —exclamó—, ¿De dónde sacasteis a esta porcelana del Sol Naciente? ¿Robasteis acaso una princesa del Palacio Imperial?

—Su fiel servidora, amo —dijo la muchacha con una reverencia burlona.

Gregg Larson aumentó el volumen de la risa, «cálidamente».

William Kerr hizo las presentaciones. No sólo alabó las cualidades de aventurera de miss O'Brien sino que puso de manifiesto su gran inteligencia y sangre fría.

—Su madre perteneció a la Embajada japonesa en Londres — dijo— y su padre a la

Cámara de los Comunes. Ahora cumplen condena en Londonderry. O'Brien era diputado por el Ulster.

—¿Espionaje?

—Al servicio de la K.G.B.

Gregg Larson seguía riéndose.

—¿No serás tú también una Mata-Hari? —le preguntó, acusándola con el dedo meñique.

—Todavía no he matado a nadie, míster —repuso ella, jugando con las palabras, y, sobre todo, con el verdemar de sus ojos endiablados.

El chófer bajó el cristal de la ambulancia para recibir consignas.

—*Salam*… —saludó—, ¿nos podemos largar ya para el hospital, sahib?

Larson desvió la mirada de la chica para posarla en los hindúes.

—¿Quiénes son éstos? —interrogó.

—Camilleros del Devadatha Vayu que iban de parto.

—¿De parto? —balbució Gregg, asombradísimo—, ¿cuál de los dos pensaba parir? Clayderman explicó el incidente del Boeing protagonizado por la rocambolesca Katherine.

—¡Graciosísimo! —convino Larson maravillado—. ¡Una actriz incomparable que pasará a los archivos de la delincuencia internacional!

Kerr terció en la conversación.

—Pero ¿qué haremos ahora con los camilleros?

—Fácil —repuso Gregg—, echarlos al Jumna.

—Hummm… ¿y si los tipos saben nadar?

Larson encendió un cigarrillo con estudiada parsimonia. Procedía mayormente así cuando escuchaba alguna tontería.

—¿Nadarías tú con una piedra de cincuenta kilos atada al cuello?

—¡Cielos… no!

—Ellos tampoco.

Gregg dio unas palmadas.

En el acto aparecieron tres forzudos bengalíes que se hicieron cargo de los camilleros, cuyos gritos se fueron apagando conforme bajaban a los sótanos de la planta.

Clayderman preguntó:

—¿Comunican con el Jumna?

Larson afirmó con un movimiento de cabeza y una bocanada de humo del cigarrillo inglés que se había quitado de los labios.

A continuación, se enlazó con miss O'Brien y condujo a los recién llegados a los aposentos superiores, que, a diferencia de los bajos, estaban decorados con vértigo de lujo.

Ante una mesa, con taracea de nácar y marfil, Larson indicó:

—Aquí mismo podemos desnudar a la «criatura»… ¿no os parece? —Y, sonriendo como siempre, interrogó—: ¿Hacen unos tragos de whisky?

—Hacen —convino Clayderman.

La «criatura» no era otra cosa que las piezas robadas a los turistas del Boeing y que Katherine O'Brien cubrió sobre su encantadora barriga.

Gregg Larson —auxiliado por su «tasador oficial», Subbaraya Calicut — fue examinando el alijo.

Ofreció una notable suma por todo ello, que, allí mismo, se repartió en tres partes iguales.

Larson, que observaba a «Michiko», vio la codicia en sus ojos.

«El dinero le va como cosa mala» —se dijo Gregg.

Luego en voz alta:

—¿Te gustaría pasar la noche conmigo, Flor de Loto?

Katherine miró despacio al hombre que la requería. No era un tipo despreciable y además manejaba el dinero con la soltura de un nabab.

Un hombre alegre, experto, desenfadado y… misterioso.

—Tal vez…

—Entonces es que sí.

Kerr miró a ambos y lanzó un gruñido. Le gustaba Katherine.

Clayderman se limitó a encogerse de hombros. Aceptaba su derrota, puesto que también le gustaba Katherine. Pero, la muchacha tenía derecho a divertirse con quien le diera la gana, y el beneficiario seria esta vez Gregg Larson, el Jefe.

Pasaron al comedor de la casa donde fue servido un opíparo almuerzo salpicado con salsas estimulantes…

—Espero que al desmontar las piezas en Madrás —dijo Gregg, en un momento dado—, encuentre lo que busco.

Y, sin aparente motivo, estalló en una fuerte carcajada.

Capítulo III

TANTO el *Iridian Express* como el *Nav Bharat Times* de Nueva Delhi publicaron —en inglés e hindú— la noticia del curioso atraco perpetrado a bordo del Boeing 727, procedente de la capital del Líbano.

También hablaban de la ambulancia del Hospital Devadatha Vayu desaparecida misteriosamente cuando transportaba a los atracadores para ingresarlos en la Sala de Maternidad de la benéfica Institución.

Remarcaba el *Nav Bharat Times* que el traslado fue una auténtica tomadura de pelo, ya que ninguno de los asaltantes del Boeing se hallaba en estado de buena esperanza. Tampoco resultó cierta la historia de la bomba «ultrasónica», escondida en la bodega del avión, que los artificieros de Nueva Delhi se cansaron de buscar hasta en el timón de cola.

El *Iridian Express*, concretamente, mostraba su gran indignación hacia los empleados del aeropuerto. Según dicha fuente informativa, los sucesos desarrollados en la pista número seis del aeródromo de Agra llenaba de ridículo a todos los funcionarios de Aduanas de la Unión India.

* * *

Larson se estaba vistiendo mientras Katherine, en el cuarto de baño, hacía correr el agua de la ducha sobre su hermoso cuerpo desnudo…

Luego, estrenó un jersey deportivo que le había regalado su amante.

Al salir de la casa, la pareja tomó un autobús que les dirigía a la cafetería Selection, dotada de un autoservicio moderno, donde Clayderman y Kerr les esperaban sobre las dos de la tarde.

—¿Lo has pasado bien conmigo? —preguntó Larson calurosamente a la chica—, ¿Supe hacerte feliz como mereces?

—Sí —confesó sin rubor—, fue una noche maravillosa.

—Espero que trabajes para mí

—¿Sólo para hacer el amor?

—¡No, no…! —rechazó Larson con la mayor energía—, ¡Soy un hombre de corazón y no un estúpido come hembras!

—¿Crees que puedo servirte?

—Siempre presumí de conocer a las personas que trato —dijo Gregg

con sencillez—, y sé que puedes convertirte en mi persona de confianza… Desgraciadamente no es fácil encontrarla en la vida.

—Suena bonito.

—Y lo es… al menos para mí.

Llegaron al Selection.

Kerr y Clayderman, utilizando el *self-service* internacional, atacaban dos monumentales filetes de cebú con patatas fritas y unos *paaris*[6] locales.

Cuando Larson entró en el establecimiento llevaba enlazada a miss O'Brien.

Clayderman pegó un codazo a su compinche —entretenido en abrir una lata de cerveza—, y exclamó:

—Parece que Gregg y… se han divertido a base de bien.

Kerr enfiló a la pareja, gruñendo:

—Lo parece.

—Ella está muy hermosa.

—Y él bastante desencajado.

—Es lo que ocurre en estos casos.

—Larson es un tipo con suerte —masticó Kerr—, Ha sabido rodearse de imbéciles…

—¡Qué dices! —le interrumpió el otro.

—Imbéciles como tú y yo… y de muñecas deslumbradas y avariciosas como Katherine O'Brien —remató sin arredrarse—, Así cualquiera.

—¡No te joroba el argumento! —bufó Clayderman.

Pero abandonaron la discusión dada la proximidad de Larson y su acompañante.

Tras los saludos de rigor, eligieron el menú.

Almorzaron sin prisas, aunque sin perder demasiado tiempo. El helicóptero de Gregg — que los había trasladado a Nueva Delhi para desorientar a la policía de Agrá— aguardaba impaciente a su dinámico dueño, estacionado en el blando césped de un campo deportivo.

Entre bocado y bocado, Larson expuso otro golpe arriesgado y rentable que llevaba en la cabeza.

—Por eso me establecí en la India últimamente —arguyó—, porque esta tierra es una mina, muchachos… una auténtica mina. Claro que tampoco descarto los asuntos que tengo en otros países.

Clayderman sabía que Larson operaba a escala internacional. Y lo sabía porque él había actuado como activista en varias organizaciones que dependían directamente de Gregg. También se demostró en el último atraco al avión de Beirut. Clayderman creía trabajar a las órdenes de un tal Solimar Ben Jalep —intermediario en oscuros negocios

petrolíferos—, cuando sólo se trataba de un peón del condenado Larson.

Kerr, que escrutaba el sonriente rostro del jefe, inquirió:

—¿Otro golpe? ¿Lo discutiste con alguien?

—Lo hablé con Katherine mientras estábamos acostados… alrededor de la medianoche más o menos… durante un descanso… ¿No es así, nena?

—Sí —dijo ella, riendo—, nos estábamos besando.

—¡Cierto, cierto! —convino Gregg—. ¡Fueron unos besos inolvidables!

Clayderman y Kerr intercambiaron una mirada sombría, que contrastaba con la apasionada y luminosa de los amantes.

«Este tipo —se dijo Clayderman— es capaz de hacer el amor con una mujer mientras le habla de la guerra de Troya, sin que ninguno de los dos pierda interés por la cama».

—Tengo un cuerpo y una cabeza muy bien construidas —se pavoneó Larson, como si leyera el envidioso pensamiento de Robert.

—Oh, sí —coreó la chica—, todo lo tienes muy bien hecho.

—Vamos al asunto —bufó Kerr.

Larson habló por espacio de diez minutos, lentamente y con voz confidencial.

Decididamente a Kerr no le gustó la operación, pero no lo demostró con palabras, ya que antes quería discutirlo con Clayderman y Katherine, ya que él podía estar equivocado.

Pero, únicamente, se limitó a desaprobar las prisas, manifestadas por Gregg, que quería trasladarse inmediatamente a Madrás.

—El hombre que trabaja mucho se desgasta pronto —objetó—. Particularmente creo que necesito templar los nervios y descansar unos días.

—Y a mí me pasa lo mismo —declaró Clayderman, poniéndose a la altura de su compinche.

Pero, lo que deseaban, no era precisamente descansar, sino pasarlo bien y divertirse con las bellas muchachas indias. En una palabra, frecuentar los alegres locales de Nueva Delhi.

Larson escuchó atentamente las razones que le eran expuestas sin demostrar la menor incomodidad. Tenía una perfecta cara de póquer y fumaba con la calmosa indolencia de siempre.

—Me parece bien —dijo, cuando aquéllos terminaron de hablar—; los dos sois jóvenes y tenéis una vida por delante

—un leve tono zumbón envolvía sus palabras—. Encargaré el trabajo a otros chicos que están en paro… ¡pobrecillos! Faltan puestos de trabajo para nuestra juventud.

Kerr se sintió levemente alarmado ante el extraño parlamento socialdemócrata del sinvergüenza de Gregg.

Le olió a tomadura de pelo.

—¿No puedes esperarte un par de semanas? —interrogó cauto—, ¿Acaso Rubbinat Kulí puede palmarla de un momento a otro y desaparecer del templo de Ramas-Vasan?

—No creo.

—Entonces —apoyó Clayderman—, ¿qué impide esperar diez o quince días? Pasan en un soplo y, apenas nos demos cuenta, volveremos a estar juntos y reunidos.

—Eso es muy cierto —exclamó Gregg con aire mefistofélico—; nos veremos pronto… ¡faltaba más! Muy pronto.

Instantes después se despedían.

Tras besar largamente a Katherine, Larson se metió en un taxi-scooter para disolverse como siempre por la misteriosa tela de araña de sus actividades…

Para contactar de nuevo, la «organización» utilizaba un sistema tan viejo como los Servicios de Inteligencia: un vulgar anuncio en un periódico.

La gente de Larson se servía del «Ananda Bazar Patrika» de Bombay. Cualesquiera que fuesen los sitios donde se encontrase Gregg, los canales de información no tardaban en llegarle —por teléfono o telégrafo— a su punto de residencia.

Katherine O'Brien se quedó con sus amigos un tanto melancólica y pensativa. No comprendía muy bien por qué Larson no se la había llevado consigo si como mujer y como «persona de confianza» tanto la necesitaba.

Pero ella ignoraba que Gregg Larson —como los refinados maharajás de otras épocas— no repetían mucho tiempo el amor con la misma señora puesto que tenían dónde escoger.

Larson escogía siempre.

Cerca de las cuatro de la madrugada, los tres asaltantes del Boeing regresaban al Hotel Divan-I-Khas, tambaleándose por las antiquísimas calles de Nueva Delhi. En la India todas las ciudades son viejas, archimilenarias… particularmente su capital, que, en otro tiempo, casi fue la capital de Asia.

Al llegar a las proximidades del populoso y artesanal barrio de Chandni Chauk, cuatro individuos —con la cabeza completamente rapada a lo bonzo o a lo peregrino en la entrada de los templos— les cerraron el paso.

—*¡Salam!* —exclamó el más fornido del grupo.

—¡Salam! —repuso Katherine un tanto alarmada.

—¿Ingleses?

—¿No se nos ve en la cara? —gruñó Kerr con la arrogancia de los tiempos imperiales.

—¡Claro, *sahib*! —repuso aquél—, por eso queremos invitaros a una taza de té.

—¿Ahora? —se extrañó la muchacha—. Nos retirábamos al hotel.

—Os retiraréis más tarde —se rió otro de los pelados—. Ahora tomaremos té. Clayderman que tenía el whisky en la garganta, y que le molestaba mucho que le tomaran por un blandengue, escupió:

—¡Nunca acepto porquerías antes de acostarme y menos de parte de un cualquiera!

—¿Quieres insultarnos además de despreciar la invitación?

—remarcó el que había hablado, pero de forma amenazadora—. ¿Acaso has venido a la India para provocarnos? —Y tuteándole—: ¿Te crees superior a nosotros porque pertenecemos a la *commonwealth*?

—¡Déjame en paz…! Si quieres dar el latazo se lo das a tu puñetera abuela.

El indio se engalló.

—¡No tolero que te burles de mi sangre, perro inglés!

Katherine, más serena que sus compañeros, intuyó que lo que buscaban aquellos canallas era robarles, propinándoles una paliza.

¡Y llevaban alrededor de diez mil dólares, que, imprudentemente, se habían olvidado de consignar en la caja fuerte del hotel!

La noche les sorprendía, pues, forrados de dinero y en desventaja por el número de sus atacantes.

Podía costarles caro…

Clayderman, incapaz de dirigir el insulto nacional, disparó el puño contra el rostro del hindú, mientras bramaba:

—¡Sarnoso y miserable paria! ¡Basura de Agrá! ¡Te voy a aplastar los morros!

Pero el «paria», ladeándose elásticamente, esquivó el puñetazo y sus ojos brillaron de malicia al invocar la decisión de los dioses.

Om BRahmá Kripai Kevolom[7]!

Kerr, que vio el mal cariz que tomaba el negocio, se aprestó a defenderse a tiro limpio, comprendiendo que tenía mermadas las facultades físicas por culpa del alcohol. Pero ni siquiera pudo extraer la pistola, ya que dos tipos se abalanzaron sobre él y le retorcieron las muñecas brutalmente.

El cuarto agresor se dedicó a la chica.

—¡Tranquila, muñeca —le silbó al oído—, no quieras que te estropee la belleza con unas cuantas tortas!

Katherine, consciente de que el hombre no hablaba por hablar,

permaneció al arbitrio del agresor, muda y rígida.

El lugar había sido cuidadosamente estudiado, ya que los siete contendientes fueron tragados por las puertas de una casona, en forma de torre redonda y gris, como las famosas Torres del Silencio de Bombay, donde los buitres devoraban los cadáveres parsis.

La pelea fue endureciéndose en el lóbrego interior de aquellos bajos sepulcrales…

Capítulo IV

Los ingleses eran tipos correosos y practicaban bien el boxeo y las artes marciales.

William Kerr tenía menos destreza que Clayderman, pero poseía un trallazo impresionante, gracias al cual conseguía deshacerse de sus antagonistas que volaban literalmente por el aposento.

—¡No paréis hasta las narices de Brahma! —rugía encorajinado.

Sin embargo, se daba cuenta de que al final se impondría la fuerza numérica y que sería reducido.

Buscaba desesperadamente una salida por dónde escapar.

Clayderman y el otro indio tampoco paraban de golpearse ya que estaban igualados en vigor y en habilidad.

Cuando el súbdito de la señora Gandhi recibía un mamporrazo imprevisto, mascullaba:

—No good[8]!

A lo que Clayderman respondía ferozmente:

—Very good[9]!

Lógicamente, se llevaban la contraria.

Kerr consiguió meter el puño en el ojo de un contrario y lo dejó tuerto en medio del local de por sí poco iluminado.

Entonces, aprovechándose de la confusión reinante, echó a correr por una escalera…

El que sujetaba a la chica se dio cuenta de la intención del inglés y comprendió que debía intervenir.

—¡Ven, muñeca —indicó—; te encerraré con Yagatjit Manú!… Es viejo y te tratará bien…

Aunque Katherine opuso resistencia para no encerrarse con el viejo Yagatjit, fue brutalmente empujada a la habitación, y cayó de bruces al suelo mientras la puerta se cerraba a sus espaldas.

Inmediatamente, surgió un esqueleto casi desnudo de un ángulo de la estancia, exclamando:

—¡Ángel mío! ¡Luz de mis canas!… Quién osa maltratar a una mujer que, según la ley de Manú, debe tener todas las cualidades, empezando por un nombre fácil de pronunciar, «dulce, claro, agradable y terminado en vocales largas como palabras de bendición»… Pero ¡sí sólo eres una niña! —remató Yagatjit, ayudándola a poner de pie.

Fue tal el impacto que le causó la inglesa, que el hombre no dudó en pasarle las luengas barbas por la cara, ni en buscarle los labios, ni en estrecharla contra su esquelético cuerpo, ni en cometer todas las locuras que puede cometer un viejo sentimental y vicioso.

Katherine, que observaba la tierna solicitud del anciano, entre recelosa y perpleja, descubrió que aquel hombre tenía un enorme parecido físico con el «tasador oficial» de Gregg Larson.

Acometida de una súbita y relampagueante sospecha, preguntó:

—¿Acaso eres familia de Subbaraya Calicut… el entendido en joyas?

—Es mi hijo… —se rió.

—¡Tu hijo!

—Sí, hurí de mi alma. He tenido muchos hijos en el mundo porque he llenado el vientre de incontables mujeres, como «lluvia benéfica», que dice Manú. Me conocían como el «Procreador Infalible» —siguió contando aquella reliquia humana—, y me visitaban mujeres estériles de todas las partes de la India, incluso del alto Tíbet. Todas regresaban felices a sus hogares y portando la criatura dentro.

A partir de este descubrimiento, Katherine supo que el ataque de que fueron objeto procedía de Gregg Larson, pero ¿por qué?

Solamente podía desvelárselo —al menos en gran parte — el cariñoso Yagatjit.

Sonriendo de forma gatunamente encantadora, la muchacha se dejó caer en los cojines que tapizaban el suelo, cerca de los *mucharabiés* azulejados. Desde allí, con voz dulce y melosa, deslizó:

—¿Por qué no te sientes a mi lado, «Procreador Infalible»?

—Pero —protestó— ¡si eres una niña!

—¿No te gusto así… tan mocosa?

Yagtjit Manú invocó a Siva. Mientras…

Fuera de la estancia rugía la tormenta. Los golpes y los juramentos sonaban como las ventiscas en las cumbres del Himalaya.

Kerr, que había alcanzado la primera planta, perseguido por el tipo que se desprendió de Katherine, buscó una ventana por donde saltar a la calle.

Para su desgracia, las dos únicas que encontró estaban tapadas por celosías horadadas en azulejos rosa que resistieron la embestida del inglés. Obligado a retroceder, se enfrentó con el hindú que le perseguía, y que, como todavía no había tomado parte en la refriega, se encontraba en plena forma y sin el menor rasguño.

Kerr se arrojó en plancha sobre su enemigo, que consiguió sortearle, y a la vez empujarle de espaldas escaleras abajo.

El inglés rodó como un fardo hasta la planta baja medio atontado y *groggy* por los golpes y la velocidad de la caída, pero se recuperó después de dos o tres inspiraciones profundas. Casi, inmediatamente,

tuvo que hacer frente al tuerto. De un zurdazo lo dejó ciego del todo, pero ya los otros dos estaban sobre él.

Se desembarazó del primero de un punterazo en el estómago, que el infeliz acusó vomitando el último té de la noche, pero con el segundo no pudo hacer lo mismo y ambos rodaron por el suelo, estrechamente abrazados y dispuestos a pulverizarse mutuamente.

Clayderman, por su parte, alternaba los «*very goods*» con soeces maldiciones, lo que daba idea de lo igualada que iba la lucha con el otro.

—¡Vas a comerte hasta los mocos de Kali[10]! —graznaba el inglés ferozmente.

El indio le contestaba llamándole «hijo de la Gran Perra», en vez de la Gran Bretaña, ofendiendo hasta lo indecible el orgullo isleño del bribón. Parecía como si revivieran la sublevación de los cipayos[11] de 1857.

Fue en aquel momento cuando otro personaje apareció en escena empuñando una gruesa palma de coco. Los efectos se hicieron notar pronto.

William Kerr sintió que, súbitamente, le estallaba el cráneo y que volaba por infinitas galaxias luminosas hasta sumergirse en las tinieblas más densas, como tragado por un agujero negro…

—¡Ayyyy…! —sólo fue capaz de tartajear.

El tipo del garrote fue ahora en busca de la coronilla de Clayderman —que en el fragor del combate no se había enterado del *k.o.* de su compañero, ni de los cariñosos arrumacos a que era sometida Katharine por parte del viejo Yagatjit—, y apenas encontró el objetivo, la palma de coco se partió en dos pedazos.

—¡U…uyyyy…! —se carraspeó espesamente Clayderman.

El individuo que había sosegado de tal forma las cosas, dejó oír su autoritaria voz:

—Quitadles el dinero que recibieron del *master*[12].

Uno de los luchadores se abalanzó sobre los desvanecidos forasteros y en un periquete les vació la cartera.

—¿Cuánto? —interrogó el que mandaba.

—Siete mil dólares.

—Humm… —gruñó aquél, revisando el dinero y haciendo cálculos mentales—. el resto, hasta diez mil, debe tenerlos la chica. No habrán gastado más de quinientos dólares por la noche.

A continuación, se dirigió a la pared del fondo, y levantó una mirilla —perfectamente camuflada—, espiando la habitación de Yagaljit Manú.

Una risita cálida se escapó de sus labios, mientras musitaba:

—La nena es una hurí… una auténtica hurí… De esto no se puede tener ahora la menor duda… la estoy viendo. —Nuevo y sicalíptico

suspiro—. Dejaré que descansen un poco, pues Yagatjit tiene ya muchos años… demasiados años para entretenerse con esta bailarina pagana… con esta *yoni*[13] occidental… El «Procreador Infalible» ahora la invitará a fumar… Siempre se hace después de… y…

Al cabo de un rato:

—Llegó el momento —anunció el espiador—, porque ella duerme dulcemente el sueño de la droga, como sus amigos el somnífero del «coco»… Tenemos que actuar.

Los ingleses fueron introducidos en un furgón y llevados al campo, lejos de la ciudad.

Les abandonaron en un bosquecillo entre plataneras y papayos pelados por el hambre del pueblo, cerca de un camino vecinal…

Les quitaron las prendas de vestir, dejándoles enteramente desnudos… Katherine fue colocada en medio de los dos hombres.

—Se sentirá más protegida —farfulló el mandamás.

Afortunadamente, no había fieras por los alrededores de

Nueva Delhi, ni siquiera mangostas que pudieran curiosear el cuerpo de los ingleses siempre en busca de culebras…

Poco después el furgón regresaba a la urbe.

* * *

Katherine O'Brien fue la primera en despertar, pero con la cabeza llena de terrible pesadez.

—¿Dónde estoy? —gimió palpitante. Luego, rememorando un confuso pasado, inquirió

—: ¿Estás conmigo, Yagatjit…? ¿Por qué no me contestas, tormento infalible?

—Aquí no hay ningún Yagatjit ni cosa que se le parezca

—le respondieron con sequedad.

—¿No? —Y con estupor—: ¿Con quién estoy, pues…? ¿Quién eres tú?

Katherine intentó incorporarse y lo consiguió a medias. El acento de aquella voz, ronca y desconocida, le pasmaba mucho más que las razones que oía.

—¿Sankharanda…? ¿De qué nos conocemos, buena mujer…? ¿Dónde estuvimos juntas?

—En ningún lado.

—¿Entonces…?

—Te encontré tirada en un campo.

—¿Tirada en…? —Enrojeció observando su integral desnudez—, ¿Por qué me quitaste la ropa, bribona?

—¡Te la quitaría el diablo!

—¿…?

—¡Como alguna bruja se la quitó a tus compañeros! —remachó la cíngara, mientras rebuscaba en un viejo ropero, para arrojarle una prenda—. Ponte este *sari* —agregó— que, aunque remendado, ya no provocarás a Yarick, mi marido… ¡Por Ganeza[14], el trompudo! ¡También tus amantes provocan a Orengzeb, mi hija, que no cesa de mirarlos desde un rincón de la carreta!… ¿Tantos hombres necesitas para dormir en paz?

—¡Ellos no son mis amantes! —protestó Katherine, mortificada por la lengua de la mujerona alta y sensual que tenía delante. Pero, inmediatamente, volvió a sentir debilidad, implorando—: ¡Háblame, explícame…! ¡Oh, la cabeza me sigue dando vueltas, muchas vueltas…! No comprendo nada.

Sankharanda le explicó lo que sabía, que encontró a los tres ingleses desnudos y al pie de un papayo. Se compadeció de ellos en espiral sobre carreta con la ayuda de Yarick y Orengzeb para que recobraran el conocimiento y recuperaran las fuerzas.

Luego, que hicieran lo que mejor acomodase.

—¡Debieras estarme agradecida! —le reprochó la gitana.

Katherine se maravilló de lo sencillas que eran las cosas una vez explicadas. Pero seguía recelando de Gregg Larson.

Todo le parecía muy extraño y muy casual.

¿Podía fiarse igualmente de Sankharanda? ¿Los había recogido por caridad o porque formaba parte de un plan?

Preguntó de pronto:

—¿De qué vivís?

—¿De qué viven los gitanos?

—No sé…

—Mi hija baila en la puerta de los templos, y, a veces… en fin; Yarick toca el acordeón, y yo leo el futuro de las personas.

—¿Tú?

—En la palma de la mano.

—¿Quiromántica?

—Sí.

—¿No es una patraña?

Los ojos de Sankharanda llamearon.

—¿Acaso no crees en el ocultismo?

—Bueno… francamente. —Sin saber por qué tuvo una inspiración y sin perder de vista a la gitana, preguntó—: ¿Te atreverías a descifrar mi futuro?

—Cobro cinco rupias.

—Sabes que no tengo un maldito dólar porque nos robaron cuanto llevábamos encima.

—Hummm… También.

—Pues vamos a probarlo.

Le ofreció rápidamente la mano con la palma extendida hacia arriba.

La cíngara le resiguió las líneas centrales y la eminencia tenaria de forma lenta, suave y cosquilleante…

Tenía las pupilas cada vez más negras y los labios sensuales y rojos como el fuego.

—¿Ves algo?

—Por el momento sólo niebla.

—La misma que tengo en la cabeza —se burló ella para disimular la sensación de «suspense» que la rodeaba.

—Espera —murmuró Sankharanda—, ahora empiezo a ver…

—¿Qué?

—Un hombre.

—¡Vaya descubrimiento importante! —se mofó la inglesa—, ¿Cómo es él?

Estaba llegando al nudo de la cuestión.

—Grueso, rico… —precisó—; generoso y vital con las mujeres que ama.

—¿Me ama?

—Sí.

—¿Te refieres a Gregg Larson?

La frialdad de Katherine y su inquisidora mirada cubrieron el rostro de la gitana con una sombra de alarma.

—No sé leer nombres —replicó con aspereza.

«¡Hipócrita…! ¡Engaitadora! —se dijo ella para sí—. Lo que no quieres es que sospeche de la superchería de tus "visiones" si hablamos claramente de Larson.»

Se convenció, definitivamente, que la gitana, lo mismo que el «procreador Infalible» y los «cabeza-peladas» de Chandni Chauk, eran simples peones del misterioso «coronel»

Pero lo más importante para Katherine era saber ahora donde Gregg se encontraba. O dicho de mejor forma: «dónde quería él que le encontrase por boca de Sankharanda».

—¿Se halla este hombre aquí… en Nueva Delhi?

—Por supuesto…

—¿En su casa?

—No, no creo.

—¿En un hotel, pues?

—Sí, sí…

—¿Cuál?

—Sólo sé que empieza por A… An… No recuerdo.

Katherine estaba al cabo de la calle.

—¿Angkor, tal vez?

—¡Sí… exacto! ¡Angkor…! ¡Por la trompa de Ganeza!

—¿Estás segura?

—¡Sí, sí…! ¡Le veo claramente en tus brazos!

«Ya estuve en sus brazos, falsa sibila —se dijo la rubia para sí—, aunque tú finjas descubrirlo ahora con tus dotes de larga vista.»

En este preciso momento, Kerr y Clayderman empezaron a rebullir. Parecían dos enormes monos lampiños, blancuzcos, y, por supuesto, tan inocentemente desvergonzados como sus primeros padres.

—Están despertando… —anunció Orengzeb.

—Entonces, búscales algún taparrabos para que se cubran, prenda mía. Son demasiado mayores para que anden así por la carreta, aunque sea bajo toldo.

—¿Crees que les servirán los calzones del abuelo Paranjit, madre?

—No lo sé… tal vez con algún arreglo —repuso Sankharanda—. Tómales las medidas de las caderas y de los muslos. ¡Vaya par de terrones…! ¡Parecen caballos!

—Sobre todo éste —repuso la jovencita señalando a Kerr—, se pasa un rato, madre.

Los ingleses se incorporaban atontados y mirando a su alrededor con estupefacción.

—¿Dónde diablos estamos? —preguntó Clayderman.

Kerr se palpó la cabeza que le dolía horrores hasta dar un soberbio chichón.

—Me atizaron aquí.

—¿En la coronilla?

—¡Justo!

De pronto:

—¡Eh…! ¡Y encima completamente desnudos!

—¡Por las quince mil vírgenes que gozaron con Krishna[15]! —exclamó Kerr, boquiabierto.

Orengzeb salió entonces de la penumbra con un par de calzones.

—*Salam*! ¿Cómo se encuentran, *sahibs*? —murmuró servicial—. Prueben de ponerse los *dotis* de mi abueli… Acaso les falta tela.

Kerr miró a la chica de arriba abajo. Le gustó.

—¿Quién eres tú, tesoro?

—Yo, yo… la nieta de Paranjit.

—Ven a mi lado, *rani*… Me lo dirás al oído.

Pero fue Katherine quien se apresuró a cortar la situación y evitar

que se propasaran con la gitanilla. En pocas palabras, les puso en antecedentes de lo que ocurría.

—¡Qué dices…! ¿Que estamos sin una condenada rupia?

Kerr estalló en los más feroces y abyectos insultos que se vertieron jamás contra la raza hindú.

—¿Teníamos que jugarnos la vida a atracar un avión comercial —coreó a su vez Clayderman— para que fuéramos premiados con los andrajosos calzones del abuelo Paranjit…? ¡Maldita sea su alma!

Los furiosos discursos duraron hasta las inmediaciones de Nueva Delhi que la carreta se detuvo.

Sankharanda se dispuso entonces a preparar el almuerzo: arroz cocido con una especie de curry, mientras Yarick alegraba el aire con el violín, y Orengzeb preparaba un postre —a base de coco rallado con pimiento o chile verde— para obsequiar a los forasteros. De vez en cuando, miraba embelesada a William Kerr.

Pero los ingleses se habían distanciado de los «gitanos» para hablar a sus anchas.

Katherine evitó referirse a Larson como presumible causante de todas aquellas desgracias. Antes necesitaba hablar con él y descubrirle el juego.

Sin embargo, la muchacha no estaba dispuesta a ser juguete de Gregg, ni muchísimo menos a que éste le robara un dinero que ganó con valentía. Allí había algo que no cuadraba.

De cualquier forma, tuvieron que mencionar a Gregg como única persona que podía sacarles de la precaria situación que vivían bajo la hospitalidad de la familia gitana.

—O damos con el paradero del jefe —significó fríamente la muchacha—, o tendremos que robar por los caminos.

—¡Apañados estaríamos! —bramó impetuosamente Kerr.

—¿Crees que sería escaso el botín?

—¡Andrajos, hambre, llagas, cólera, mierda…! —se exaltó el aventurero—, ¿qué diablos íbamos a robar, nena…? ¿Los piojos verdes de Brahma?

—Larson tenía un negocio entre manos, ¿recordáis? —exclamó Clayderman—, pero ¿cómo poner un anuncio en el *Ananda Bazar Patrika* si o tenemos una miserable rupia para comprar un paquete de cigarrillos?

—Estaba recordando —dijo en este punto la muchacha — que Larson me habló de que no partiría para Madrás hasta el próximo sábado, o sea dentro de tres días. Me había olvidado de esto, porque lo comentamos cuando nos divertíamos juntos en la cama.

Clayderman abrió la boca, tartajeando asombroso:

—¿Qué él te habló de sus planes viajeros mientras te…? —hizo un

gesto fluido con la mano imitando el acto sexual.

Miss O'Brien le dedicó una mirada de desdén.

—No seas grosero, Robert. Tratamos el asunto después de haber concluido lo otro. ¿Entonces?

—Ahora sí, y… ¿qué?

Katherine fingía que trataba de recordar las palabras que jamás se pronunciaron aquella noche.

—Me dijo Larson que no pararla en su casa sino en el hotel Angkor.

—¿Por qué precisamente en el Angkor —se maravilló Clayderman—, cuando posee una lujosísima mansión en Nueva Delhi?

Se encogió de hombros.

—Caprichos…

—¿Estás segura de que le entendiste bien? —reforzó Kerr.

—Sí; lo estoy. —Y para cubrirse las espaldas, agregó —; Otra cosa es que pueda haber cambiado de idea.

—Entonces conviene comprobarlo.

—Y sin pérdida de tiempo —masculló Clayderman.

—Por supuesto —murmuró la chica.

En aquellos instantes, Orengzeb se acercó a los ingleses para anunciarles que la comida estaba dispuesta.

Kerr miró a la gitanilla fijamente hasta que consiguió ruborizarla.

«Es una pena —se dijo el granuja—, que no pueda conseguir este cuerpo de bellísimo cobre. Unas jornadas más en la carreta y me la llevaba a los porches oscuros de Jama Masjid[16] para trasladarla a los harenes de Alá… ¡Esta criatura se lo merece todo!»

Y siguió andando tras ella, sin perderle de vista el meneo de las caderas…

Capítulo V

EL viaje de Nueva Delhi a Madrás se verificó sin el menor contratiempo pese al agravamiento del monzón.

Los aventureros pasaron, pues, de las proximidades del Himalaya a la Costa de Coromandel, a seiscientos quilómetros de Ceilán.

Llovía torrencialmente cuando tomaron habitaciones en el Traveller's Bungalow, un viejo complejo hotelero donde podían gozar de gran independencia y libertad de movimientos.

Gregg Larson, que apenas había tenido ocasión de hacer un aparte con Katherine, se reía ahora con grandes carcajadas oyendo de labios de la muchacha la agresión de que fueron víctimas en el barrio de Chandni Chauk en Nueva Delhi a cargo de unos miserables «cabezas-peladas».

—Siempre quedan fanáticos anglófobos en este país de seiscientos millones de habitantes. Pero… ¡mira que quitarnos hasta los calcetines y las…!

—Bragas, ¿por qué te interrumpes? —saltó la mujer—. Me dejaron completamente desnuda.

—¡Serían bestias!

—Parece que a ti te hace gracia.

—Mujer…

—Pues maldita si me la hizo a mí —remarcó irritada—. ¡En cueros y dentro de una carreta maloliente!

—Me hago cargo, criatura.

Larson, que había dejado de reír, parecía maravillarse ahora de las dotes «adivinatorias» de la cíngara Sankharanda, conforme le relataba Katherine.

—¿Es posible?

—¡Y tanto!

Fue tal el interés demostrado por Larson que hizo numerosas preguntas no sólo referidas a Sankharanda, sí que también al violinista Yarick, y, especialmente, a la joven Drengzeb… como si se tratara de una familia encantadora.

—Gente sana y bondadosa —remachó con convicción—, como muchos trotamundos que la sociedad desprecia.

La muchacha se mordió el labio, cada vez más encolerizada por la cínica actitud de Gregg.

Regresó de nuevo al barrio de Chandni Chauk para…

—¡Eh! ¡Repíteme esto, tesoro!

—¿Tanto te extraña?

—Pero… ¿de veras que gozaste con el venerable Yagatjit Manú… padre de infinitos hijos espurios?

—Y entre los espurios —remarcó incisivamente la inglesa—. Subraya Calicut, tu «tasador oficial».

Larson encendió un cigarrillo en actitud aséptica.

—¿Te lo confesó el «Venerable»?

—¿Quién si no? —se burló ella—. Según él os conocéis de viejo… tú y el cariñoso Yagatjit.

—Cierto —respondió flemáticamente el «Super en-Todo», pero ¿quién no conoce al «Procreador Infalible» en toda la Unión India? ¿Quién no alternó con este *lingam*[17] activo y piadoso que siempre anduvo rodeado por las sagradas bailarinas de los templos? Puede decirse agregó Larson—, que nació de una fértil *devadasi*[18] y se crió en los pechos de sus compañeras… eternamente mimado por las mujeres que lo gozaron de muy joven en el templo de Venugopala donde están representadas las figuras, relieves y escenas más hermosas y lascivas de este país del espíritu, de la pobreza, del ayuno… y del Amor.

—Precioso discurso —repuso la inglesa, despechada.

—¿Verdad que sí?

La pregunta —que, en sí misma, envolvía una afirmación— la molestó doblemente.

Le preguntó a bocajarro:

—¿También aprendió el oficio de ladrón?

—¡Quién!

—Tu amigo, el Venerable —estalló Katherine—; el autor de hijos, nietos, biznietos y tataranietos… ¡tan espurios como el sinvergüenza del Procreador!

—Esto no lo sabía.

Miss O'Brien se rió ahora de la cara de super tonto que había adoptado Larson.

—Entonces… ¿por qué crees que estoy en Madrás… bajo esta endiablada lluvia y no en Jogjakarta donde pensaba vacacionar unas semanas tras el exitoso asalto al Boeing?

—Porque te gusta convivir conmigo… sentirte a mi lado.

—¡Digo! ¡Por qué me robaron tres mil dólares…! Estar contigo, a tu lado, ¡no te joroba!

—Ya me lo dijiste, nena.

—Pues no lo parece.

—Continúa.

—¿Tampoco sabes por qué Sankharanda me entregó tu dirección del Angkor Hotel? —No.

—Sublime inocencia… ¿Ni por qué fingía leer el porvenir en la palma de mi mano?

—¿Fingir? Yo creo en la adivinación… en el arte de descubrir lo oculto.

—¡Y un cuerno!

—¡Eh!

—¿Me consideras una estúpida, Gregg?

Los ojos grises del hombre cambiaron de color.

—Habla.

—Sankharanda forma parte de tu organización, «coronel»… Es una «gitana» que sacaste de tu chistera de prestidigitador… *¿O* tienes la valentía de negarlo?

El vapuleado aplastó el cigarrillo en un cenicero de porcelana… lentamente y dándole, vueltas con los dedos. Se sabía intuido por aquella «novata», que, según sus informes, empezó la carrera de timadora en un local de Shaftesbury Avenue, cerca del popular Soho londinense… Pero pronto abandonó los bajos fondos aliándose con Robert Clayderman, maldito sinvergüenza. La chica no era tonta, no. Tampoco sabría decir si le gustaba más así; inteligente y brava, despierta y sensual, que no enterada y cuajaleches, como tantas y tantas que habían desfilado por su vida, haciendo lo imposible por atraparle, aunque no lo consiguieran jamás.

Estalló en una carcajada sincera a diferencia de las anteriores.

—Me rindo, encanto —concedió sin ambigüedades—. Tienes razón. Conocí a Sankharanda en los vestuarios de un circo ambulante donde actuaba de transformista hace ahora quince o dieciséis años. Se convirtió en devota mía, muy devota, y… ¡era una real mujer!

—Todavía lo sigue siendo —espetó Katherine.

—Ya… pero tuve que dejarla en Bombay por un asunto de negocios. La puse entonces al cuidado del venerable Yagatjit… ¡el muy canalla! A los quince días de cuidarla ya le había fabricado una criatura…

—¿Orengzeb?

—Sí, la muchacha de piel de cobre que conociste en la carretera gitana.

—¡Jo, con el Venerable! —saltó la inglesa—. No respetaría ni a la madre que lo parió. ¿No estará emparentado también con la familia de lord Mountbatten… el último virrey de la colonia?

—Es probable, es probable… —se rió Gregg—; con las mujeres era infalible.

Katherine apartó de su mente la imagen de Yagatjit, que recordaba derritiéndose a su lado en unos bajos de Chamdni Chauk.

—Volvamos a lo nuestro.

Larson encendió un nuevo pitillo y se la quedó mirando con sus pupilas de ámbar gris.

—Si lo que te preocupa es el dinero que «te robé» —dijo fríamente—, ahora mismo te lo devuelvo triplicado.

—¡Mira que bien!

—¿Lo dudas?

—No, no… pero ¿a cambio de qué? —demandó agresiva y sarcástica —, ¿para que te baile el agua por las noches como una bayadera comercial? ¿Para lavarme el cerebro como todos los que te sirven y te admiran como si fueses un santón? ¿Para convertirme en una pieza robotizada del super tramposo Gregg Larson?

—No tienes pelos en la lengua.

—¿Cómo voy a tenerlos si sé jugarme la vida como cualquier hombre? —repuso altanera—. Valor y astucia me sobra para ello. Lo demostraré en el atraco al avión de Beirut, porque fui yo… Katherine O'Brien, ¿entiendes? —remarcó extendiendo el pulgar y acusándose con el dedo—, la persona que concibió la forma de llevar a cabo el ataque y no Solimar Ben Jalep, tu infeliz *controller*[19] de Beirut.

—Lo sé, lo sé…

—Entonces ¿qué pretendes al ofrecerme dinero por lo fácil? ¿Quieres que me separe de mis amigos? ¿Que deje a Clayderman y Kerr? ¿Dividir el grupo?

El hombre tardó unos segundos en contestar, pero al final lo hizo de forma inesperada.

—Ninguno de los dos son personas de fiar.

—¡Para mí sí!

—Tú vales infinitamente más que ellos. ¡Y te demostraré que no miento, que Clayderman y Kerr son un par de traidores!

—¡No te creo!

La mirada de Gregg se pobló de interrogantes.

—¿Por qué no cenamos juntos esta noche?

—¿Me lo propones —deslizó con retintín—, para intentar convencerme?

—Quizá.

—¿Y tenerme en tus manos?

—¿Te tengo acaso?

—¡No!

Los grises ojos de Gregg la acariciaron ahora.

—Probemos.

—¿Dónde?

—En mi casa.

Katherine recordó la maravillosa noche que habían pasado juntos. Y se sintió atrapada. —Vendré.

La cara del hombre irradió satisfacción.

—¡Eres la mujer más encantadora del mundo! —dijo.

—¡Y tú el embustero y el canalla más grande de la tierra!

Gregg le selló los labios, atrayéndola hacia sí y aplastándole su boca con fuerza. ¿Seguiría dominando la situación?

Larson tenía sus dudas, pero, como había sido un aventurero toda la vida, tampoco le preocupaba.

Lo importante era conocer gentes, historias, países… ¡vivir!, y, claro, Katherine O'Brien merecía ser vivida integralmente, aunque fuese a costa de los demás…

¿El alma? ¡Larson la había convertido en una grotesca carcajada!

Capítulo VI

EL húmedo calor del monzón hacía cada vez más insoportable la vida en Madrás. El cuerpo se extenuaba constantemente, se derrengaba aún antes de haber emprendido la menor actividad.

Clayderman y William Kerr vivían a costa del «coronel», como dos turistas de buen rango, conforme convenía a los intereses y a la idiosincrasia de Larson.

Pero…

—No me seduce robar en el templo de Ramas-Vasan, ni profanar el altar de los dioses porque trae mala suerte. Así ocurrió en el interior de las pirámides egipcias… —señaló Kerr.

Sobre esto último circulaban múltiples versiones a cual más singular, pero, al margen de ello, Clayderman sabía que siempre resultó difícil asaltar los lugares destinados al culto y aparentemente sin mayor vigilancia, ya se tratase de mezquitas, catedrales, sinagogas, o monumentos brahmánicos o budistas. Parecía como si un común Ser-Protector defendiera sus sagradas riquezas… ¡Las mismas riquezas que podrían ser un manantial de vida y de felicidad para las multitudes hambrientas de la tierra!

—Gregg sabe lo que se hace —mascullό Clayderman de forma desangelada.

—¡El diablo le lleve!

Clayderman encendió un cigarrillo, nervioso.

—¿Sigues pensando en independizarte?

—Por supuesto.

—Larson tiene el dinero que a nosotros nos falta, ¿comprendes?

—Claro… pero cuando la azafata del Boeing quitó la esmeralda a la señora Meg Gaynor, ¿sabes lo que exclamó la mujer?

—Yo estaba en la cabina de los pilotos —se excusó.

—Dijo… «¡Sesenta mil machacantes a la mierda!» ¿Lo oyes?

—¿Así… con estos tacos? Parecía muy educada.

—Y lo era, pero se descontroló cuando le bajaron la *culotte* ante sesenta pares de ojos.

—Ya… ¿Quieres decir que lo que robamos en el avión valía…?

—¡Más de doscientos mil dólares! —saltó rápidamente Kerr—, Pero, ¿qué recibimos nosotros?

—Diez mil dólares.

—Y repartidos entre tres personas… ¡Basura!

Clayderman permaneció pensativo.

—Te escucho…

Kerr habló por espacio de un rato hasta que…

—Está bien —concedió Clayderman—, veremos qué opina Katherine sobre el particular.

—¿Katherine? ¿Por qué la mezclas en esto?

—¿Mezclarla? ¿Acaso no confías en ella?

—Hummm… —gruñó Kerr con rencor—, se ha divertido con Larson.

—Y lo habrá hecho con otros hombres antes de conocer a Gregg —repuso con velada amargura—, pero ¿te preocupa realmente eso?

—Larson es un hombre experto que deslumbra a determinado tipo de mujeres ambiciosas. Me chincharía que fuera con el soplo al jefe porque crearía problemas, serios problemas…

—Bah, bah…

Desoyendo totalmente los recelos que apuntara Kerr, Katherine fue informada aquella misma tarde de la decisión que habían tomado.

—¿Crees que Gregg permitirá que le estafemos? —preguntó la muchacha mirando rectamente a Clayderman—. ¿Te lo imaginas cruzado de brazos o indiferente?

—A Larson no le interesa el ruido, la menor publicidad de sus actividades secretas… antes prefiere perder, es su punto débil y su coraza protectora. —Y con calor y ansiedad — ¿Qué decides, Katherine? ¿Te unes conmigo… con nosotros, o prefieres ser una aliada del viejo?

La pregunta que le había planteado Clayderman sólo tenía una respuesta allí y en aquellas circunstancias.

—Seguiré contigo… con vosotros… con vuestra suerte.

La satisfacción ofuscó a Clayderman que la estrechó fuertemente entre sus brazos y le buscó la boca.

—¡Eres una gran chica… lástima que no quieras hacer conmigo el…!

—¿Qué, Robert?

—Bien que lo sabes, nena… el amor.

Ella sonrió suavemente.

—Un poquito más de paciencia, querido. El tiempo lo arregla todo… quizá esta noche, o mañana… o pasado.

El inglés suspiró:

—¡Ojalá fuese hoy!

No, hoy no podría ser porque la chica iba a la casa de Larson.

Además necesitaba pensar las cosas con calma y en profundidad. Por encima de todo, necesitaba resolver su problema. Si no ¿por qué estaba en el mundo? ¿Para regresar de nuevo a Shaftesbury Avenue y caer

definitivamente en el abismo? ¿La cárcel, la prostitución, la droga… convertirse en una fulana cualquiera?

Eso ya no… ¡Nunca más!

Capítulo VII

MIENTRAS desayunaban en el «Traveller's Bungalow», Larson encargó que Clayderman y Kerr se pusieran en contacto con Rabbinatt Kulí, director «espiritual» —y, por supuesto, artístico— de la Escuela de Danzarinas de Ramas-Vasna.

El brahmán Kulí —como no podía fallar— era otro de los múltiples hijos del venerable Yagatjit, y, por consiguiente, amigo personal de Larson al que facilitaba bailarinas sagradas — «esclavas de los dioses»— bajo manga, siempre que éste montaba alguna discreta y refinada orgía con turistas extranjeros multimillonarios o con corrompidos rajás, siempre en busca de emociones nuevas… Las danzarinas de Kulí eran las más perfectas, las más refinadas, las más incitantes y divinamente canallescas *devadasis* de toda la costa oriental del Indico, desde las sagradas Bocas del Ganges hasta el Cabo Comorín, en la punta extrema de la península indostánica.

Los tres mil dólares que cobraban las «esclavas de los dioses» para bailar *loto, cobra, pavo real*… y otras rumbosidades —estas últimas, mano a mano con los clientes— los destinaba el piadoso Kulí para embellecer con rutilantes piedras preciosas una imagen de Siva —de la que era muy devoto—, así como para la mayor suntuosidad de su palacio, al que pensaba retirarse al final de su vida, que consagraría al ayuno y a la meditación trascendental… pero, por el momento, sólo contaba con cuarenta entretenidos y vigorosos años…

Larson necesitaba cuatro *devadasis* aunque no aclaró para qué. Kerr tampoco quiso preguntárselo, porque en su fuero interno sabía para lo que sirve una chica tan espléndidamente pagada.

—Fijaros bien —significó Gregg— en las características del templo y si marchan de acuerdo con el plano que os hice del mismo. Confío —matizó de un modo especial—, que no tengáis problemas.

—All right!

—Vale —corroboró Clayderman.

Katherine, que permanecía un poco al margen, se encaró con Larson.

—¿Voy con ellos? —preguntó—. ¿Les acompaño a Ramas-Vasan?

—No —repuso—, no hace falta.

—¿Tengo entonces la jomada libre?

—Sí —murmuró Gregg—, organízate el día como te parezca.

«Como te parezca» significaba que no podía contar con el jefe ya que estaría ocupado en otros asuntos. Reprimió la curiosidad de indagarlos, porque tampoco Larson le habría dicho la verdad.

—Visitaré la ciudad.

—Te recomiendo que vayas a Marina-Road, que se confunde con el Paseo de los Ingleses de Niza y al People's Park, sin que te pierdas el Jardín Botánico donde rugen magníficos tigres de Bengala.

—Seguiré tu consejo, Gregg.

Larson extrajo doce mil dólares de su cartera y se los entregó a Clayderman.

—Son para el piadoso Kulí. Exigidle que me elija las mejores chicas del conjunto sagrado. Las recogeréis mañana en un coche tapado, de alquiler…

—¿A qué hora?

—Al caer la tarde porque ellos celebran la luna nueva —explicó— y todos se bañan en el río… así que nuestras cuatro bellezas saldrán purificadas y fragantes del agua como los lirios acuáticos del Botánico.

—¡Qué poético estás hoy, querido! —se rió Katherine.

* * *

En la puerta de los templos hindúes se aglomeran los artesanos de la ciudad conforme las costumbres ancestrales…

Ramas-Vasna no podía ser una excepción aquella tarde de julio empapada de humedad.

Clayderman y Kerr deambulaban de un lado para otro esperando que alguien les informara sobre la Escuela de Danzarinas que comandaba Rabbinatt Kulí.

Cerca de ellos, vieron entonces que la muchedumbre se separaba para dar paso a un esquelético brahmán —reconocible por el cordón que le cruzaba el pecho desde el hombro izquierdo a la cadera opuesta—, el cual, por sus aspavientos parecía reñir batalla con las pesadas moscas que le seguían por doquier y que le picaban las piernas y el torso desnudos, para al final cagarse en los sagrados ídolos del templo.

El pobre hombre se había preguntado infinitas veces si era necesario que Brahma creara tan incordiantes insectos.

Kerr se aproximó al sacerdote.

—¿El venerable Kulí? —preguntó—. ¡Hijo de Yagatji Manú… la «lluvia benéfica» de las mujeres de la India!

—¡Alabado sea! —repuso el del cordón—. Se ha pasado la vida «reencarnando» a infinitas personas… ¡Piadoso entre los piadosos el gran Yagatjit Manú!

—Pero ¿y su hijo? ¿No dirige la Escuela de Danzarinas de Ramas-Vasna?

—Doce jóvenes «esclavas de los dioses» reciben instrucción del venerable Kulí — replicó el brahmán—, para que puedan entregarse totalmente a Brahma por medio de los sentidos y según la expresión de sus cuerpos representando los episodios cédicos. ¡Alabado sea también Rabbinatt Kulí!

—¡Alabado! —masculló Clayderman adoptando una actitud cooperadora—. ¡Que Visnú lo guarde de todo mal!

—Mi amigo y yo… aunque extranjeros —recicló Kerr—, quisiéramos colaborar a la santa y meritoria obra de Rabbinatt Kulí con un puñado de rupias.

—Le pondrán de muy buen humor —expresó el sacerdote—, porque las limosnas le gustan mucho… pero sigamos andando «excelencias» o las moscas acabarán con nosotros y no podrán realizar la obra de caridad que desean… A propósito, ¿de qué país proceden? ¿Del área del dólar o de la libra esterlina?

Kerr fanfarroneó:

—Manejamos por igual ambas monedas.

—Brahma es generoso con las personas de buena voluntad.

Y sin más palabras que preguntar o que añadir, los británicos echaron tras las huellas del brahmán, cuyos pasos —de por sí lentos y reposados— estimulaban cruelmente las moscas.

Fue en aquel momento —¡triste momento para los ingleses!— que se alzó una voz entre la multitud. ¡Ojalá no hubiera sonado nunca!

—¡Son ellos! ¡Son ellos! ¡Los atracadores del avión de Beirut! ¡Criminales! ¡Están engañando al venerable Sri Sivajyoti, de la Escuela de Brahmanes!

Ante aquella torrencial, desgañitada y acusatoria voz, los ingleses se olvidaron inmediatamente del «Venerable» que les guiaba por los pasillos de moscas, del encargo de Larson, de las «nenas sagradas» de Kulí, y de todo cuanto hiciera referencia al templo de Ramas-Vasan, a excepción de poner los pies al servicio de una atropellada fuga para alejarse de las turbas fanatizadas.

Se transformaron inmediatamente en dos fantásticos ciervos ciudadanos…

Clayderman arremetió contra un tenderete de fruta que le cerraba el paso, desoyendo los chillidos de la propietaria, que había puesto de posaderas en el suelo.

—¡Granuja! ¡Sacrílego! ¡Sinvergüenza!

Kerr arrasó con los *saris, dotis*, camisones y otras numerosas prendas de vestir y semi vestir, que exhibía el bondadoso Sivananda, uno de los más serviciales y simpáticos roperos de la ciudad.

—¡Es mi ruina! ¡Es mi ruina! —gritaba el pobre hombre, desesperado.

En cosa de segundos se organizó un maremágnum fenomenal, puesto que la voz acusadora seguía berreando a espaldas de los fugitivos como si le dieran cuerda, obligando a que una patrulla de la policía local —que casualmente curioseaba por el mercadillo del templo— se movilizara en el acto para emprender la persecución de los huidos.

—¡Cogedles!

—¡Cerradles el paso!

—¡No les dejéis escapar!

Estas voces se escuchaban por todas partes porque se contagiaban de una garganta a otra como es corriente y normal en las multitudes, que gritan sin saber por qué.

Pero los ingleses no estaban para analizar las cosas y, viéndose cerrado el paso de la calle, volaban escaleras arriba hacia el primer piso de la torre piramidal —o *gopuram*— de la condenada pagoda que podía ser una ratonera para ellos.

Conseguido el primer objetivo, se pararon unos segundos para recuperar el aliento y cambiar impresiones.

También necesitaban orientarse a través de una arquitectura desconocida y por supuesto hostil.

Kerr, con las facciones contraídas por la rabia, balbució amargamente:

—¡Esta va a ser peor que la de Chandni Chauk!

—¡Maldita sea mi alma! —tartajeó Clayderman—, pero… ¿quién diablos gritaba?

—¡La azafata del Boeing! ¡No te joroba! —escupió el otro— ¡Podía haberse ahogado!

—¡Si llego a figurármelo la echo por la ventanilla del avión! ¿Cómo diablos me pasó por alto?

—Pero… ¿qué hace esta maldita mujer aquí en Madrás? ¿Quién la habrá llamado?

—¡El diablo, sin duda!

—¿No la oyes? —gritó Kerr, enrojeciendo—, ¡Si tiene más voz que la difunta Callas!

Pero como era tiempo de decisiones y no de conversaciones y quejas, Clayderman interrogó:

—¿Qué hacemos ahora?

Los «polis» subían las escaleras con prisas, pero sin atolondramientos, puesto que consideraban la presa segura. Tampoco querían tener bajas de producirse el consabido tiroteo.

—¡Correr! —replicó el interrogado dando ejemplo.

La voz de los agentes retumbaba por las paredes del templo entre confusas resonancias.

—¡Alto!

—¡En nombre de la ley!

—¡Paren!

—¡Y un higo! —rezongó Kerr, que saltaba ahora sobre los textos sagrados de los brahmanes, que permanecían sentados y en actitud orante, aunque creyendo que había llegado el fin del mundo.

No hallando otro camino de escape, los ingleses seguían subiendo por la torre piramidal, pero, al llegar al segundo piso, se tropezaron con un grupo de jóvenes —siete en total—, alumnos de la Escuela de Brahmanes, dirigida por Sri Sivajtoli, que estaban dispuestos a enfrentárseles. Aquellos futuros sacerdotes no podían permitir que unos extranjeros —al parecer ciudadanos de la Rubia Albión— ocuparan y profanaran los sagrados recintos de los indios.

Kerr dirigió un impresionante trallazo al rostro del primer jovenzuelo que se le vino encima, exclamando:

—¡Hala! ¡A comerte los mocos!

El chico voló por la sala destrozando lo que encontraba por el camino. Incluso las tres rayas horizontales de ceniza que llevaba en la frente, como adepto de Siva, le desaparecieron con la trompada.

Clayderman tampoco permanecía de brazos caídos ya que se había desembarazado de tres mozalbetes. A dos de ellos les arrojó escaleras abajo mientras que el tercero perneaba colgado de los calzones al turbante de un ídolo a cuatro metros del suelo.

—¡Todos estos indios pesan menos que una chuleta de cerdo! —exclamó ferozmente el inglés.

Aterrorizados por la contundencia de aquellos brutos británicos los tres escolares que aún permanecían en pie pusieron los ídem en polvorosa.

Pero los «polis» seguían implacablemente la pista de los extranjeros, para acorralarlos en el *vimana* o cúpula de la pagoda, caso de que siguieran huyendo hacia arriba.

De vez en cuando gritaban, aunque inútilmente:

—¡Alto!

—¡Párense en nombre de la ley!

—¡Ríndanse!

—¡Entréguense a la justicia!

—¡Están cercados!

—¡Empezaremos los fuegos artificiales!

Dichas razones no convencían en absoluto a los ingleses que sólo buscaban un agujero para desaparecer de aquella condenada pagoda.

—¿No te lo advertí antes de empezar? —bramó Kerr en uno de los pocos momentos que se paraba para orientarse y recuperar la respiración—. ¡No se puede desvalijar el templo de Ramas-Vasan como pretende Larson! Por los cuernos de Siva! ¡Ni Dios se mete aquí con malas ideas! ¿No ves que todo está previsto y controlado aunque sea a punta de pistola?

—¡También fue maldita casualidad —barbotó Clayderman—, que la policía se encontrara por los alrededores del templo cuando los gritos de aquella loca!

Pero, conforme lamentaban su mala suerte, no dejaban de examinar los menores rincones para escapar de la trampa como fuera, cuando Kerr —que tenía vista de gavilán— le pareció que un portalón se abría y se cerraba misteriosamente en un ángulo de la gran sala de columnas, medio camuflada por un extravagante Visnú de seis brazos y cabeza lesionada que se erguía en una plataforma de mármol, pero entre cuyos brazos unos ojos negros —y al parecer de bellísima factura— les espiaban y seguían sus menores movimientos…

Inmediatamente se lo advirtió a Clayderman —que ya estaba dispuesto a tirotearse con la policía— y ambos determinaron pegarse a la pared y avanzar por ella, protegiéndose en los propios relieves de los ídolos, que por fortuna no escaseaban, hasta conseguir acercarse al portalón que era la meta de su viaje.

Kerr no se había equivocado.

Dando un ágil salto consiguió sorprender a la singular espía — una monísima joven—, que empujaron hacia el interior de la habitación con pocas contemplaciones, mientras trancaban la puerta con pesados cerrojos.

Luego se encararon con ella que…

—¡Oh…! ¡Oh! ¡Auxi…!

Pero no pudo terminar la frase porque Kerr acababa de cerrarle la boca con su manaza.

Sin embargo, la belleza femenina lo ablandó mucho más de lo que permitían las circunstancias.

—¡Silencio… princesa! —arguyó en el tono más galante que supo—. Son contratiempos… pequeños contratiempos que Brahma ha querido organizamos entre las cuatro paredes de esta santa casa.

—Exacto —corroboró Clayderman—, porque nosotros veníamos de fuera, de la calle… ¿comprendes? Y tenemos las mismas ganas por salir.

Como quiera que los ojos de la muchacha no mostraban el espanto inicial —que se había desvanecido rápidamente—, y sí, por el contrario, interés y curiosidad, Kerr aflojó la presión de la mano para que pudiera expresarse y dialogar con ellos.

—¿Quiénes sois?

—Gente de bien, ¿no lo ves… capullo de pachulí? —interrogó Kerr como si acabara de aterrizar del cielo.

—Únicamente que hemos sido mal comprendidos por la policía —amplió Clayderman— y tuvimos que huir. Mejor dicho estamos todavía huyendo. Y tú, ¿quién eres, preciosa?

¿La hija de algún sacerdote?

Antes de responder los analizó en silencio. Con independencia de lo que pensara — siempre difícil de descubrir en un rostro oriental—, vio ante ella a dos hombres jóvenes, rubios y atléticos, joviales y galantes. En una palabra: nada que temer.

—Soy simplemente una bailarina.

—¡Eh…! ¡Fantástico! —exclamó el inglés que parecía olvidado de los peligros que se cernían sobre su cabeza—. Por la noche te invitaré a unas piezas de rock.

La muchacha sonrió, negando:

—No bailo rock.

—¿Qué bailas entonces… corazón de enredadera? —dijo ahora Clayderman, sorprendido de su propia vena poética.

—Loto, cobra… En honor de los dioses.

Kerr tuvo una súbita inspiración.

—¿Acaso formas parte de las danzarinas que dirige el venerable Rabbinatt Kulí?

—Yes, my dear… ¿le conoces?

—No, pero… —se interrumpió porque por fuera, muy cerca del marco del portalón, se escuchaban las órdenes, las carreras y los vozarrones de sus perseguidores—, tú nos llevarás hasta él.

—¿Yo?

—Y sin perder tiempo, criatura —alegó Clayderman con mayor dureza —que el horno no está para bollos.

—Pero…

—No discutamos más… Anda, muévete, nena.

—Está bien… Vosotros me habéis obligado.

—Afírmalo, capricho —roncó Kerr.

Las piernas de la bailarina empezaron a volar sobre sus diminutos pies, de forma que si el pasillo llega a ser un poco más largo —o una pista de competición— los deja en muy mal lugar.

Llegaron a una espaciosa sala.

En medio de ella, seis beldades casi enteramente desnudas, ensayaban pavo real —al menos lo pensó Kerr, pues movían las nalgas como las gallináceas sus vistosas colas—, dirigidas por la batuta de Rabbinatt Kulí.

—¡Oh…! ¡Oh!

—¡Sacrilegio!

—¡Siva… Siva!

Las danzarinas gritaban asustadas, mirando a los forasteros.

Pero Clayderman —que ya había previsto la posibilidad de algún desorden— saltó a la espalda de Kulí y le colocó el cañón de la automática allí donde la columna empieza a perder su digno nombre.

A continuación, con voz dura e irrefutable, anunció:

—¡Ni una palabra de alarma, ni un grito, Rabbinatt Kulí!

—¡Eh!

—¡Calla… si quieres vivir más años que Brahma! —le clarificó su agresor—. ¿Comprendes lo que quiero decirte…?

—Y con sorna—: hijo, nieto… y tataranieto de fornicadores. Date la vuelta lentamente… —Clayderman retrocedió unos pasos sin soltar el arma, hasta encararse con el brahmán—. Así… hablaremos como buenos amigos.

Mientras el venerable, y ¿por qué no?, aterrorizado Kulí, obedecía las consignas del pistolero, Kerr —ayudado por la bailarina que les sirvió de cicerone—, trataba de tranquilizar a las descapotadas *devadasis*, y les permitía, con harto martirio para sus ojos, que se taparan con los sagrados velos que convenía a su dignidad de sacerdotisas.

También las relajaba con consoladoras razones, de las que poseía un gran repertorio como dejó claro cuando el atraco del Boeing.

—Sosegaos, hermosas… sosegaos —les decía—, porque, en verdad, que parecéis hijas de Siva y de Parvati[20]… algo así como bombones gestados en el vientre del cielo… —suspiró profundamente, agregando —: Nada malo ha de ocurriros, nenas. Por el contrario — se animó—, mucho y bueno si le echamos voluntad al asunto para pasarlo bomba con el permiso de Brahma… o prescindiendo de él.

Las razones del forastero —y sobre todo la encantadora intención que encerraban — hicieron sonreír a las inteligentes y picardiosas danzarinas.

Lo malo es que Kerr no podía seguir por este camino ni considerar que se encontraba en aquel Edén por expresa invitación de Kulí. Tenía que pensar que la policía les buscaba como perros rabiosos por todos los rincones de la pagoda.

El dilema estaba claro para las dos partes: o los perseguidores daban con ellos o ellos se la daban con queso a los perseguidores.

Así estaban las cosas, cuando los polizones se cansaron de husmear por las dependencias exteriores del templo sin encontrar pista alguna, se aventurarían por las dependencias interiores, entre las cuales se encontraba la Escuela de Danzarinas del venerable Kulí, lugar que además sería grato a los servidores de la ley porque les permitiría recrear los ojos —y los malos pensamientos— con las maravillosas

«esclavas de los dioses».

El tiempo, pues, no corría a su favor.

—Busca un escondite, Kulí —apremió Clayderman—, que dé cabida a tres personas.

—¿Escondite para tres per…?

—Por supuesto, Kulí —replicó Clayderman, picándole el ojo para que no le tomase por tonto—, ya que tú vendrás con nosotros en calidad de rehén, ¿entiendes el rollo?

—¿Que yo…?

—Tú, Kulí… porque si alguna de tus alumnas se fuera de la lengua con los polizontes, te juro por los menudillos de Brahma que…!

—¡No blasfemes!

—Te volaba la cabeza y te la ponía por sombrero encima de la pagoda como me llamo Robert.

El amenazado se puso a temblar visiblemente. Observándolo Kerr, le espoleó:

—Ponte en movimiento que el tiempo apremia.

Pero como no diera muestra alguna de entrar en rodaje, el inglés se cabreó:

—¿Estás sordo o te lo haces?

—Im… imposible —tartajeó.

—¿Qué oigo? —interrogó Clayderman, enrojeciendo de ira—, ¿Que no te da la gana de escondernos?

—No pu…puede ser —chilló, desesperado.

—No puede ser… ¿el qué?

—Ningún escondite tiene posibilidades de impedir que nos descubran —explicó nerviosísimo.

—¡Miserable! —bramó Clayderman amenazador—, ¿Me vas a salir ahora con historias?

—¡La Trinidad me valga! —exclamó el brahmán, mesándose los cabellos—. ¿Acaso les puedo esconder en esta sala… o en el vestuario y camerino sagrado… o en el comedor, bajo una mesa… o en los retretes de mármol rosa…? ¿Dónde los escondo yo? —y elevando los ojos al cielo, imploró—: ¡Iluminadme, dioses… dadme una solución a este problema!

Pero Kerr, que no entendía de milagros indios —ni esperaba ninguna solución por esta parte—, se acercó al sacerdote con los puños cerrados y los labios contraídos, mascullando:

—¡Devoto de Satanás! ¿Te figuras que nos vas a entregar a los esbirros con sólo invocar a?… ¡maldita sea la trompa de Ganesa! ¡O encuentras un agujero bajo tierra o no vivirás el tiempo que necesites para contradecirme!

Kulí seguía mesándose los cabellos como si tuviera tiña. En el fondo, no daba ya una maldita rupia por su vida, por sus cuarenta vigorosos y entretenidos años.

—¿Dónde… dónde… dónde…?

Gemía excitadísimo, buscando preguntas sin respuesta.

Fue entonces cuando la danzarina-cicerone —llamada Minakchi Shakti —intervino en favor de los perseguidos.

—¿No podríamos, venerable señor —aventuró—, hacerles pasar por bayaderas sagradas?

—¡Eh!

—Yo creo —prosiguió la preciosidad—, que «retocándoles» un poco se confundirían fácilmente con cualquiera de nosotras mismas y más si se tumbaran en un rincón penumbroso de la sala y… cerraran la boquita.

Con la mirada deliciosamente burlona observó a Kulí que parecía pasmado.

—¿Qué le parece la idea, maestro? —insistió la chica, para sacarlo de la inmovilidad y la mudez.

—¡Fan… fantástico! —tartamudeó, arrancando—. Descomunal.

En efecto, el sacerdote se admiraba de la perspicacia, desenvoltura y sobra de recursos evidenciados por la adorable Minakchi, que era, según su particular creencia, una de las pocas vírgenes que aún quedaban en el cuerpo de baile.

Cualquier día lo comprobaría por sí mismo.

—Sí, sí… maravilloso.

—Incluso —remarcó la danzarina—, podríamos charlar con los polizontes y distraerlos de sus obligaciones… y permitirles ciertas libertades naturales que no hacen daño a nadie.

Rabbinatt Kulí se abalanzó sobre la chica, abrazándola y cubriéndola de besos con los ojos arrasados de lágrimas. Jamás olvidaría que la muchacha acababa de salvarle la vida.

—¡El propio Brahma te ha iluminado, hija mía! —reconoció, emocionadísimo.

Inmediatamente, todo el mundo se puso a la tarea.

Clayderman y Kerr se sintieron empujados por una docena de cálidas manitas y arrastrados al «salón de belleza».

Aunque todas las bayaderas querían participar en la fiesta travesti —no otra cosa era para ellas—, Minakchi acaparó a Kerr. Llevándolo a un sitio más tranquilo, le desnudó en un momento para poder depilarle el pecho, parte de la barriga, los muslos y…

—Date la vuelta…

—¿Así, corazón?

—Vale.

Tras varias operaciones con aceites milagrosos, Kerr quedó por detrás fino y agradable como una mujer.

A continuación, y después de sentarle en un taburete, se dedicó a maquilarle el rostro, con una sofisticada mascarilla, para disimularle la sombra grisácea de la barba. Luego, le almendro los ojos y le rodeó los párpados de kohl… le pintó lunares incitantes en las mejillas y le enrojeció y sensualizó los labios con excelente *rouge* francés. Finalmente, le colocó una peluca luciente y negrísima, de una sola trenza —*made in* Hong Kong con pelo chino—, hasta transformarle en un guapísimo travesti que hubiera calentado la sangre de numerosos rajás…

Lo más difícil para Kinakchi fue, sin embargo, vestirle. Aunque en el «salón de belleza» de las *devadasis* había toda clase de atuendos y aparatos por obra del industrioso Kulí, no resultó sencillo colocar los senos de plástico en el tórax de Kerr, y, menos aún, que éste llevase tales bultos con feminidad y donaire como convenía al caso.

Pero donde realmente la chica se las vio y deseó fue al ceñirle las braguitas plateadas, en primer lugar porque el hombre no se estaba quieto y en segundo término porque no le quedaban como Dios manda.

—Bueno, las dejaremos así, tal cual… —se resignó la bailarina—. Si las tocó todavía resulta peor…

Por último, le vistió los velos sagrados —le puso tres en vez de uno —, para disimular de algún modo la poderosa musculatura que latía bajo aquel aspecto de imponente *cocotte.*

Clayderman fue atendido y metamorfoseado por las muchachas con la misma diligencia y primor que su compinche y con problemas muy parecidos. Sólo que resultó bastante más tetudo que Kerr, pues no encontraron pechos a su medida, y tuvieron que colocarle unos que eran tres tallas superiores.

Finalizado el acto, todos salieron corriendo del salón porque ya los representantes de la ley aporreaban la puerta de la Escuela de Danzarinas con la energía —y la brutalidad— característica de tan expeditivos personajes.

Kerr, antes de tumbarse en los cojines del suelo, advirtió sin lugar a dudas:

—Cómo el *show* salga mal por culpa de alguna indiscreción, esta sala se convertirá en un cementerio.

—Brahma no lo quiera —murmuró Minakchi, que pensaba en toda la sutileza que tendría que emplear para que las cosas sucedieran tal y como las había pensado.

—Tranquilos, tranquilos… —musitó Kulí, que procuraba recuperar la dignidad sacerdotal que había perdido a consecuencia de los últimos acontecimientos. En ello le iba la piel.

Capítulo VIII

EN el elegante, aunque viejo bar, The Old Sandwich, Gregg Larson abandonó coyunturalmente la mesa que ocupaba para recibir a la bella Arjmand Singh, que lucía un vaporoso vestido de organdí floreado.

El hombre la estrechó efusivamente contra su pecho

—muestra que turbó grandemente a miss Singh— y la invitó a que tomara asiento en la mesa y se pusiera cómoda junto a la ventana.

Realizado todo lo cual, se la quedó mirando con una sonrisa en extremo afectuosa.

—¿Y bien, young lady?

—Eran ellos… sir —apresuróse a manifestar la azafata de la Indian Airlines, fusilándole con el verde mortal de sus ojos—. Los mismos individuos que asaltaron el avión de Beirut… ¡Qué miedo pasé entonces!

—Lo comprendo. ¿Estaban todos?

—No.

—Ah, ¿no?

—Faltaba la chica que pasó las joyas en Agra fingiendo un avanzadísimo estado de gravidez.

Como notase que la voz femenina temblaba ligeramente, Gregg comprendió que era un tanto emotiva.

«Emotiva y voluptuosa como demuestran sus labios —se dijo el hombre para sí—. Una mujer realmente atractiva».

—Cálmese, querida —manifestó, mientras cogía su nimio y se la apretaba suavemente, pero con fuerza—. Tome una copa, por favor… ¿whisky?

—Bueno.

Larson hizo una indicación al barman. Luego, sacó un paquete de Player's y la invitó a fumar.

—Gracias.

Los grises ojos masculinos chocaron con las esmeraldas de la india y mantuvieron un vivo contacto hasta que ella desvió los suyos al marco de la ventana…

El hombre murmuró con ganas de centrar de nuevo su atención:

—Con la ayuda de usted las cosas han quedado resueltas o en vías de total resolución, ¿comprende Arjmand? Esto era lo que realmente

buscaban los Servicios de Inteligencia.

En aquellos momentos, y halagada por la voz segura y confidencial de su opositor —por muchas razones atrayente—, la muchacha llegó a considerarse importante.

—¿Cree que he hecho un servicio meritorio al país… a la India? —preguntó.

—Ya sus aliados —remarcó el otro—. Sí, ha hecho usted más de lo que imagina en beneficio de la paz. —La cara de Larson tenía ahora una expresión angélica—, pero… debe completar la operación con otro servicio más.

—¿Cuál?

—Su silencio… Un silencio absoluto y total, por ahora. Sobre todo, con sus compañeros de trabajo.

La curiosidad dominó a la muchacha.

—¿Se recela de alguno de ellos?

Contestó de forma indirecta, al estilo de los viejos diplomáticos:

—Las redes de espionaje son más amplias y complejas de lo que parecen y cualquier indiscreción podría resultar fatal—. El rostro de Gregg se oscureció—. Podría morir algún compatriota que trabaja en el asunto.

—¡Oh! —exclamó realmente asustada— ¿Tanto daño podría causar con mis palabras?

—Incalculable, bella joven —repuso «cálidamente»—. Pero tengo informes de la compañía donde usted trabaja. Sé que se la estima porque es una mujer inteligente y discreta… una personalidad limpia, íntegra y responsable… observando el magnífico efecto que causaba con sus palabras, agregó—: Desgraciadamente he conocido pocas mujeres de confianza en la vida, pero… usted es una de ellas… Por eso

—remató—. Le abro mi corazón sin reservas.

—Coronel — exclamó deslumbrada—, si apenas me conoce usted.

Él le impuso silencio y la reprendió suavemente:

—Nada de «coronel»… simplemente Gregg. No es la primera vez que las paredes oyen.

—Es verdad… disculpe, sir.

—Tampoco sir. ¿Tan difícil resulta —indicó con insinuadora sonrisa — llamarme simplemente Gregg…? Gregg a secas.

—No creo.

—¿No?

—No, Gregg.

—¿Lo ve? —preguntó, cogiéndole nuevamente la manita—, pero consideraría también muy prudencial que nos tuteáramos como dos viejos amigos, porque… a decir verdad — clarificó—, yo la considero

una vieja, pero bellísima amiga.

—Es muy amable.

—¿Probemos entonces?

—Como quieras, Gregg.

—¡Así! ¡Estupendo! —exclamó, exagerando la nota—. Realmente formidable. No lo hubiera hecho mejor Jane Fonda.

—Sí que tengo dotes de actriz —coqueteó, pese a darse cuenta de los propósitos del hombre. Y provocándole—: ¿De veras que lo hice tan bien?

No otra cosa deseaba Gregg, llevar la conversación a terrenos personales.

—Considero imposible que una deliciosa criatura como tú pueda hacer nada mal.

—Ah, ¿no?

—Pediríamos absurdos a la vida.

—Eres muy galante, Gregg… acabas convenciendo —frivolizó, aunque, en el fondo, se sentía atrapada en las redes de aquel hombre dulce, alegre, conquistador y… enigmático.

Y lo siguió demostrando:

—A propósito, Arjmand… ¿tienes algún compromiso para esta noche?

—Pues… no; ninguno.

—Ninguno hasta hace un momento.

—¿Cómo?

—Ahora ya estás comprometida… y además conmigo. Dime, ¿cuántos días de vacaciones te ha dado la Compañía?

—Quince.

—Entonces pueden ser quince noches inolvidables.

La muchacha se rió.

Aunque desconocía el final de la historia, la chica sabía cuál sería su realidad próxima.

—|Qué acaparador eres, Gregg!

—Te enseñaré los lugares más típicos de la ciudad —dijo—, tanto los antiguos como los que proceden de los tiempos del virreinato… los monumentos que se asientan y escalonan en la playa a lo largo de doce kilómetros por veinte de anchura… ¡menuda franja de piedra!

—Qué interesante.

—Verás también el viejo fuerte de Saint Georges, el Shepauk Building… un montón de cosas singularísimas, aunque… — volvió a fijar los ojos en los de ella que tenían extrañas fulguraciones— considero que lo más bonito de Madrás es mi casa… mi propio *cottage*. Te gustará.

—¿Tan extraordinario es?

Larson encendió un cigarrillo.

Salió por la tangente:

—Vivo solo —explicó—, pero con los frigoríficos a tope para preparar cualquier tipo de cena en frío acompañada con buen *champagne* francés. —Considerándose situado ya en el terreno práctico de la cuestión, interrogó—: ¿Eres buena cocinera, Arjmand? ¿Te gusta preparar una golosa cena para dos?

—Me amaño.

—Entonces lo pasaremos bien —repuso Gregg—, ¿no sabes? Yo preparo una salsa especial muy bien batida, por cierto… Si te gusta, podrás probarla todas las noches que pases conmigo en mi casa de Madrás.

Arjmand Singh pensó que sí, que debía ser una buena salsa cuando venía de él, de un hombre tan refinado.

—La probaré…

Con voz ronca exclamó:

—Entonces es un día importante en mi vida, Arjmand… muy importante… ¿Quieres creerlo, querida?

—Si tú lo dices…

La india podía creerle, pero con muchas reservas. Era la verdad.

Larson se pasaba las noches del año acompañado de bellas mujeres… pero eran casi siempre mujeres distintas, mujeres lujuriosas y fugaces, mujeres frágiles e incautas… mujeres, en una palabra, que se agostaban rápidamente en el corazón de Gregg.

Ahora mismo, ya pensaba Larson en el pretexto que buscaría para alejar a Katherine O'Brien, al menos durante las noches que destinara a la inexperta y bellísima azafata de la Indian Airlines.

En el fondo, Gregg Larson —gran vividor y sibarita— se sentía un hombre completamente feliz ya que siempre conseguía lo mejor de este mundo, en particular, estupendas señoras que conquistaba con su arte especial.

Y desde los dieciséis años que se escapó de su casa en Trafalgar Square para lanzarse a la aventura a lo largo y ancho del planeta.

Capítulo IX

EL venerable Rabbinatt Kulí, abriendo la puerta de la Escuela de Danzarinas, cedió el paso a los poderes fácticos del gobierno de Madrás, aunque no le tocaba la camisa al cuerpo.

Nunca fue excesivamente valeroso.

Penetraron cuatro policías comandados por un tipo cabezón, llamado Karanjit Jubbal.

Karanjit era el funcionario más terco de la India, hasta el punto de que si se le metía un tornillo en la cabeza no había forma humana de aflojárselo.

También era proclive a los placeres, así que de una u otra forma, conocía a casi todas las bailarinas sagradas de Rabbinatt Kulí.

Podía ser otro inconveniente.

—Seguimos tras unos profanadores de Ramas-Vasan —alegó—, cuya pista, momentáneamente, hemos perdido.

—¿Profanadores del templo… enemigos de los dioses?

—fingió escandalizarse el sacerdote.

Karanjit Jubbal tenía un tercer defecto: exagerar la importancia de las misiones en las que personalmente intervenía.

—No sólo son extranjeros y sacrílegos —alegó— sino también chorizos, criminales, salteadores de Bancos, caminos, canales, aviones… y convictos y confesos de un largo etcétera de delitos públicos y privados.

—¡No me lo digas, Karanjit Jubbal! —roncó Kulí, mientras abría canallescamente la boca para adularle—. ¿Pueden haber tales monstruos en el mundo?

—Los hay —engallóse el otro—, si yo te contara…

—Entonces, todos habrán salido de los excrementos de Brahma.

El cabezón asintió con un golpe de ídem puesto que coincidía con la doctrina del brahmán.

Pero, a la vez, contemplaba a las chicas, que, tendidas en los blandos cojines de la sala, con aire indolente y soñador, dejaban entrever sus demenciales curvas al través de los velos sagrados.

Caballerosamente, se colgó del hombro la metralleta que empuñaba; no quería asustarlas. El resto de la fuerza le imitó por el mismo motivo.

Las «esclavas de los dioses» parecieron comprenderlo, puesto que

replicaron con un suspiro de alivio. Por lo tanto, dejaron perfectamente claro que la artillería demasiado pesada no les iba.

—Me temo —agregó el agente con manifiesta gravedad—, que estos pájaros han volado a tu nido…

—¡Qué dices, Karanjit! ¿Qué han penetrado en mi Escuela? ¿Qué tengo el local invadido de ladrones y criminales?

—Digamos.

—Pero… ¿hablas en serio, Karanjit Jubbal?

—¡Por la trompa de Ganesa! Hemos husmeado todos los rincones del templo sin encontrar ni la menor sombra de su rastro.

—Pero… ¿cómo es posible que entraran en este retiro espiritual sin que les hayamos visto ni nos hayamos enterado?

—interrogó Kulí cada vez más nervioso.

—Se filtrarían por entre las oquedades de los ídolos de la fachada que actúan de ventanas en los dormitorios… o en alguna otra dependencia, aprovechando que vosotros estabais aquí… de catequesis. Estos tipos —remató— no respetan la intimidad de las vírgenes sagradas —y abrió los brazos para abarcar a las bellezas tendidas en el blando pavimento.

—Me asustas —graznó Kulí sin mentirle, aunque por distintas causas —, me asustas mucho.

—Por eso estoy aquí… para apoyarte y salir de dudas —repuso el cabezón—. Empecemos…

Era lo que temía el sacerdote.

—¿Por dónde?

—Confírmame antes si todas las *devadasis* están aquí —puntualizó el policía— O tienes alguna vagando por los interiores.

—Todas están aquí.

La precisión era otra de las manías incordiantes de Karanjit Jubbal.

—¿Cuántas son en total?

—Doce.

—No… catorce —repuso inmediatamente una voz a sus espaldas.

El policía se giró en redondo.

Se enfrentó con Minakchi, a la que conocía vagamente, y que le gustaba cantidad. También le echó una mirada a los muslos, que ella descubría «inocentemente» por la entreabierta túnica.

—Ejem… —carraspeó el funcionario entre turbado y receloso por la contradicción numérica—, ¿en qué quedamos, muchacha? ¿Por qué tienen que ser catorce danzarinas y no doce como afirma el sabio Kulí?

—Porque el sabio Kulí —saltó rápidamente la avispada chica— lleva muchas cosas en la cabeza y no recuerda a las dos hermanas Pingala[21] que entraron ayer…

—Tienes razón, tienes razón… Minakchi.

—Ambas son hijas del piadoso Ram —siguió improvisando la danzarina—, llamado también Satwapatti, por haber alcanzado la cúspide de la pureza y de la perfección absoluta… ¿Lo digo bien, venerable maestro?

—¡Exacto, exacto…! —graznó Kulí, asombrado de la imaginación y de las mentiras de aquella virgen sagrada—. Se me había olvidado, efectivamente.

Minakchi aportó datos antes de que Karanjit se metiera en mayores averiguaciones.

—Las pobrecitas vinieron de Madura… del templo de Teppa-Kulam… ¡ay, andando por los caminos de Brahma!

—¿Por qué no usaron el ferrocarril? —interrogó el polizonte.

—Falta de rupias, señor.

—¿Y se trasladaron de Madura a Madrás por el gusto de darse un paseo? —quiso cerciorarse Karanjit.

—No, por cierto —repuso Kulí, animado por la seguridad de Minakchi—. Vinieron para aprender las sagradas danzas que yo enseño en Ramas-Vasan.

—Así que son catorce, ¿eh, Kulí?

—¡Ciertísimo!

Pero los agentes —conocedores de la tozudez del jefe— lo estaban comprobando y se movían entre las beldades que adoptaban poses de odaliscas de sultanato más que de bayaderas indias.

No obstante, uno de aquellos agentes, apodado Sravana, se quedó deslumbrado por la grandeza y exuberancia de Clayderman y de Kerr, que representaban el papel de las hermanas Dingala, según la versión de Minakchi. Tan así, que los abultadísimos pechos de Clayderman le produjeron escalofríos medulares, pues, sin saberlo, tenía un complejo de Edipo muy acusado.

El lugarteniente de Karanjit voceó:

—Catorce tías, señor. Números redondos.

Hablando era un tipo muy grosero.

El humor de Karanjit mejoró con esta comprobación, mostrándose más franco y comunicativo.

—Yo conocí un Pingala —dijo en este punto—, que también tenía dos hijas muy devotas. ¿Se tratará acaso de las mismas chicas? ¿Dónde están ellas?

La inquietud hizo nuevamente presa en el alma del brahmán.

—¿Cómo puedes pensar una cosa semejante, Karanjit?

—preguntó, escandalizado.

—¿Por qué no?

—¡Hombre! Tú mismo.

—¿Yo? Te lo diré en seguida… ¿dónde están?

Kulí sabía hasta dónde llegaba la terquedad de aquel bestia.

—Allá, al fondo…

—Vamos, entonces…

Karanjit, sin prisas, empezó a tirar en aquella dirección, pero continuamente se paraba para dialogar con tantas Venus celestiales como se iba tapando por el camino.

También hacía esfuerzos para imaginárselas por debajo de los velos sagrados.

El policía —aunque lo disimulaba —envidiaba rabiosamente a Kulí. Él estaba casado con una señora gorda y sentimental, que, al acostarse por las noches, le olía a coco pasado.

No podía remediarlo.

—Cuando conocí a este Pingala —recicló el polizonte—, las hijas tenían once años, pero estaban muy crecidas para su edad… ¿También se da esta circunstancia en las Pingala de Madura?

—Altas son —dijo Kulí con voz opaca—, pero… ¿por qué no te quitas esta- idea de la cabeza y vamos en busca de los criminales, Karanjit?

—Seguro que son las mismas chicas —repuso el policía haciendo caso omiso de las razones del brahmán ya que era el hombre más terco de la India—. Me alegraré de saludarlas.

—¿No te dije que vienen de Madura… hombre? Las que tú conociste vivían en Madrás.

—¿Y qué? Podían haberse instalado más al sur.

Kulí tenía la frente empapada en un sudor frío y compacto. Si Karanjit estaba dispuesto a hablar con las Pingala, ni el propio Brahma hubiera sido capaz de disuadirle.

Aquello podía significar su ruina. Podía pasar por encubridor de criminales… que alguien recelara que su Escuela de Danzarinas podía ser también una Escuela Homosexual… que escarbando en su pasado se descubrieran demasiadas cosas que le convenía ocultar. Siempre sucede lo peor cuando se airea un escándalo.

Karanjit exclamó aún:

—Buena gente aquellas Pingala.

Rebasó la paciencia de Kulí.

—¡Y la mala leche que mamó Durga[22]! —gritó encolerizado—, ¿Por qué no te olvidas de esta familia? ¿No ves que las chicas están molidas después del palizón que se dieron andando de Madura a Madrás? ¡Cómo van a recibir visitas de nadie! ¿No lo comprendes, amigo mío? Déjalo para mañana, o pasado…

—Por lo que me dices —exclamó el imperturbable funcionario —

merecen doblemente mi felicitación. Su caso debe servir de ejemplo y modelo a las descarriadas y viciosas jovencitas de hoy.

Minakchi intentó intervenir.

—¿Quiere que antes de saludar a estas chicas vayamos a los dormitorios, al vestuario y a los retretes del personal? ¿Qué le ayude a buscar a estos bandidos aunque se hayan escondido en la trompa de Ganesa, *el dios-elefante*?

Karanjit la miró embelesado.

—Luego… inmediatamente —remató con calor—. ¡Esclava de todos los dioses!

No había manera de torcerle el camino.

Cuando llegó a la altura de Clayderman y Kerr se quedó de una pieza, puesto que jamás había visto unas mujeres tan enormes como aquellas hermanas de Madura. Hasta sospechó si las habrían echado del templo de Teppa-Kulam por comer demasiado.

—¡Hola!

—¿Estáis muy cansadas?

—¿Por qué no os ponéis de pie para observaros mejor? Porque tenéis una planta que… haríais descarrilar al rápido de Haiderabab!

El momento decisivo había llegado por culpa de la tozudez de aquel hombre.

Con inmenso estupor oyó la voz ronca de una Pingala, que le decía:

—¡Cómo parpadees siquiera te mando una bala recta al corazón! ¡No te muevas!

Había hablado Kerr, mientras Clayderman se abalanzaba sobre el infeliz Sravana, que aún no se había enterado de qué iba el asunto, porque seguía contemplando la pechuga de plástico del atracador con total arrobo.

Fue desarmado en un periquete.

Pese a la rapidez con que se habían desarrollado los hechos, los ingleses no pudieron evitar que los tres agentes que restaban consiguieran apostarse tras las columnas centrales con las armas amartilladas y a punto de disparar.

—¡Cuidado con lo que hacéis —gritó Kerr— o mataremos a vuestros compañeros!

Un silencio sepulcral cayó en la estancia. Las propias danzarinas, mudas de espanto, no se atrevían a respirar, y una atmósfera ominosa y amenazadora envolvía el recinto que nadie osaba turbar.

Lo malo del asunto es que estaban prisioneros unos de otros, dada la singular distribución de las fuerzas y sus respectivos ángulos de tiro.

Si Kerr y Clayderman intentaban huir —llevándose como rehenes a Karanjit y al pobre Sravana— podían ser baleados impunemente por los flancos y por la retaguardia. Pero tampoco los agentes apostados en las

columnas poseían mayor libertad de maniobra si no querían recibir un plomo o ver cómo sacrificaban a Karanjit y a Sravana, a quien todos querían por su desesperado complejo de Edipo.

En una palabra, si no intervenía una tercera persona como mediador, dotada de prestigio y autoridad para los dos bandos, en cualquier momento podían dispararse los nervios y convertirse el enfrentamiento en una masacre generalizada.

La voz de Minakchi —que esperaba este momento crítico por más extraño que parezca— se dejó oír de nuevo, rasgando el crispado y tenso ambiente de la sala:

—Sé de una persona —dijo sin exaltación—, que puede ayudarnos a resolver este problema.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¡Habla! —apremió Clayderman.

Deletreó claramente:

—Gregg Larson.

—¡Eh!

—¡Diablos! —exclamó Rabbinatt Jubbal, que estaba seriamente preocupado.

—¡Es nuestro gran benefactor! —dijo Kulí.

En efecto, Larson gozaba de gran fama en los círculos más prestigiosos de Madrás donde residía de unos cinco años a esta parte.

Todos le reconocían un enorme talento, unas especiales dotes diplomáticas, una creatividad que justificaba su superlativa fortuna y la inmensa devoción que tenía por el bello sexo. Ciertas personas le llamaban «coronel» sin saber exactamente por qué ni la causa originaria de este rumor.

Sentía igualmente mucho respeto por el culto brahamánico y ayudaba a sostener la escuela de Danzarinas sagradas, cuyo renacimiento se dejaba sentir con gran fuerza en el cono sur de la India durante la última época.

También era un servidor de la justicia y un gran amigo de todos los representantes de la ley.

En estas circunstancias, nadie dudarla que cualquier solución que propusiera Larson sería la única posible, o al menos, la más conveniente al caso de referencia.

—¡Sí, sí… llamemos a Gregg! —saltó Kulí.

—¿Le parece bien, maestro?

—¡Providencial!

Minakchi se encaró con el policía.

—Y usted, Karanjit, ¿está también de acuerdo?

—Míster Larson es un gran amigo mío y un hombre amante de la paz y del orden. Me parece igualmente bien.

—Pues no se hable más.

Minakchi se dirigió a las dependencias interiores de las que tardó algún tiempo en salir. Al hacerlo, llevaba un precioso sari y estaba más elegante y bonita que nunca. Disimuladamente se quedó con las llaves del local para que ningún entrometido fuera a desarreglar las cosas durante su ausencia…

En las puertas del templo seguía apiñada la muchedumbre, pero los comentarios sobre lo que sucedía en el interior de Ramas-Vasan eran cada vez más confusos y contradictorios…

Lo que sucedía siempre en estos casos…

Tomó un taxi, sonriendo para sus adentros.

Capítulo X

—¡AMOR mío!

—¿Me quieres de veras?

—¡Hermosa Minakchi! ¿Cómo puedes dudarlo si eres la única mujer que ha ganado toda mi confianza y todo mi corazón?

—Me gusta oírlo de tus labios, Gregg.

—Nunca me cansaré de repetirlo.

—¡Qué bonito eres!

Después de una larga escena donde ambos se sometieron a las más tiernas caricias y a las palabras más dulces y arrebatadas que imaginarse puedan, Larson se desprendió de los brazos de la bayadera «sagrada», preguntando:

—¿Conseguiste la, la…?

—Todo, amor mío —repuso—. Mira…

Se levantó el *sari* para extraer —de entre sus gracioso pliegues— una bolsita de cordobán. Inmediatamente destrenzó el lacito que la cerraba y aproximándose a una mesa de ónice dejó correr por ella el contenido del taleguín.

Destellaron con fulgores de ensueño un grupo de verdes esmeraldas…

—Aquí tienes las riquezas del avariento Kulí —dijo la muchacha con un innegable desdén hacia el sacerdote.

Gregg volvió a estrecharla contra su corazón y a besarla en los labios, pues se lo merecía cumplidamente.

Aquella colección de piedras las tenía él vendidas en Nueva York por varios millones de dólares… Se trataba de seis ejemplares purísimos y de muchos quilates…

—Dime, tesoro —demandó Gregg, transido de sincera emoción como no podía ser menos—, además de amarte, ¿qué puedo hacer por ti?

—Nada más que eso —repuso la bellísima india—, ¡amarme siempre… sin tasa!

Me parece poco.

—Para mí lo es todo. Dime, Gregg… ¿sigues todavía con la joven azafata? ¿No es peligroso que continúe en Madrás?

Mañana desapareceremos de la ciudad, cariño. Alquilé una finca en

la playa, a varios kilómetros de Bombay.

—Pero… ¿no temes que se vaya del piquito miss Singh?

Larson se rió.

—La chica supone que trabaja para el Servicio Secreto.

—¿Secreto? ¿Para qué? —preguntó la despierta muchacha—. Oye, Gregg… ¿no es un poco tonta la nena?

—Sí, vida mía… lo es hasta en la cama —suspiró como el que hace un gran sacrificio—. ¡Suerte que el romance se terminará dentro de siete días!

—Y… ¿seguirá callando después que se separe de ti?

Gregg, que llevaba otras ideas en la cabeza, pero que no consideraba que hubiera llegado aún el momento de exponerlas, repuso:

—No temas por mí… por nosotros, adorable criatura. La azafata callará por miedo a complicarse la vida. Ningún tonto se tira piedras a su propio tejado. Eso sí que no lo hacen nunca.

—Te creo, Gregg. Creo todo lo que viene de ti.

El hombre la miró largamente. La muchacha era toda una mujer: de alma y de cuerpo. Uno de estos escasos ejemplares que más que amor merecen adoración.

Por primera vez en la vida, Larson se dio cuenta de esta gran verdad, que descubrió, como quien descubre el principio de la felicidad.

El *Intrepid* era un barco viejo, pero fuerte y combativo como un roble. Navegaba siempre hacia el sudeste, hacia el Archipiélago Malayo.

Gregg ajustó pasaje para dos personas.

—Cinco mil dólares por cabeza —dijo el capitán.

Sí, resultaba caro, pero míster Roberston —capitán-armador del *Intrepid*—, solventaba muchas papeletas a contrabandistas y demás personal que tuviera líos con la ley.

Por lo demás era un hombre callado, como convenía en su oficio, y navegaba siempre con cinco hijos —parecidos al padre como cinco gotas de agua—, de forma que no había la menor posibilidad de delación. Todos marchaban a una como los mosqueteros de d'Artagnan.

Tampoco nunca preguntaba nada. Míster Roberston había llegado a entender que cuanto menos se sabían las cosas, mejor iba la singladura.

—Zarpo a las diez de la noche —indicó.

—Mis amigos se presentarán en «The Vine» a las nueve en punto…

A continuación, le dio detalles personales de los futuros viajeros para que no pudiera existir confusión de ninguna clase, y, ya al final, convinieron la contraseña…

Después de lo cual, tomaron la última copa de brandy en el camarote de Roberston y se separaron.

Gregg Larson, con el cuello del impermeable subido hasta los ojos,

cruzó el malecón portuario, envuelto en la espesa cortina de lluvia que cala desde el amanecer…

Unas manzanas más al centro, cogió un taxi para que lo llevara al *cottage* donde la bella Arjmand Singh le esperaba para entregársele como una loca, tal y como venía haciendo desde la primera noche…

* * *

Katherine O'Brien habla reflexionado lo suficiente para saber lo que le convenía.

Había puesto cerco a Larson sin que el super tramposo se enterase. Alguna vez tenía que suceder.

Así se enteró de la llegada de miss Singh y como ésta fue a vivir con Gregg en una finca de las afueras de la ciudad, mientras el muy canalla fingía encontrarse de viaje, motivo por el cual la había instalado en una cómoda *suite* del Panorama Hotel, para tenerla contenta y al alcance de su mano cuando le conviniere.

Pero Katherine O'Brien tenía demasiada inteligencia y mundo corrido como para llevársela en plan breva.

Espiando astutamente los pasos de Larson supo que éste se había entrevistado con el imbécil de Karanjit Jubbal antes de que miss Singh la organizara en las puertas de Ramas- Vasan y obligara a los infelices Clayderman y Kerr a correr como liebres por los interiores de la pagoda. Sintió mucha pena de ellos, ya que comprendió que jamás podrían competir con Larson, y que, fuera de él, se transformarían en vulgares raterillos o se meterían en algún berenjenal, que les valdría la cárcel para el resto de su vida. Dios no les habla dado más de sí.

Finalmente, Katherine descubrió la presencia de Minakchi en el tablado de los hechos, y, como conocía los proyectos de Gregg, respecto al «golpe» que quería dar en el templo, imaginé, inmediatamente, que se trataba de una nueva aliada, tal vez pieza clave en todo el enredo montado por el «Gran Tahúr».

Miss O'Brien, bien emboscada en el jardincillo del *cottage*, no sólo vio las escenas amorosas que montó la pareja sino también otras cosas, ¡las únicas que respondían a los proyectos de Larson! ¡Los fulgores de las esmeraldas llegaron hasta las sombras del jardín!

¡Condenado canalla!

¡Había conseguido su propósito!

Capítulo XI

LARSON regresó de Bombay a los siete días de haberse ausentado de Madrás.

Apenas instalado en su vivienda habitual —la lujosa casa que poseía en el centro de la ciudad—, llamó inmediatamente a Katherine O'Brien por si se encontraba aburrida de permanecer sola en el Panorama Hotel.

—¿Te espero entonces, vida mía?

La inglesa tardó unos segundos en responder.

—¿De veras que me echaste mucho en falta, amor mío?

—¡Puedes figurártelo! —exclamó Gregg, haciendo retemblar la boquilla del teléfono—. Ya sabes que no sé vivir solo —roncó—, aparte de todo aquello que afectivamente me une a ti.

—¿Tanto me recordaste, vida?

—¡Muchísimo!

—Entonces apenas me veas vas a cometer alguna locura… ¿no puede ser peligroso para mí?

—¡Y tanto! —afirmó Gregg—, ¡Pienso matarte de placer!

—¡Calla, tonto! —Y luego, cambiando de tono—. Oye, Gregg, ¿qué pasa con Clayderman y su amigo? Llevo varios días llamándolos al President Hotel y no saben nada sobre su paradero ni he conseguido encontrarlos por ningún sitio de la ciudad.

—Ya te dije, nena —repuso Larson con voz cuajada de amargura—, que se trataba de un par de traidores. ¿Conoces su última fechoría?

—¡No!

—Robaron en el templo de Ramas-Vasan y… según averiguaciones que realicé por el puerto, embarcaron en algún carguero, rumbo desconocido.

—¿Es posible?

—Se llevaron centenares de miles de dólares en piedras preciosas.

—¡Qué infames!

La conversación fue interrumpida por Larson para evitar que la recepcionista de la centralita se enterara de lo que no convenía publicar a grandes voces.

Pero, ahora, tras besarse intensamente en el domicilio de Gregg, reanudaban el espinoso tema ante unas copas de whisky.

—Se largaron con todo —confirmó el hombre—, después de abrirles las puertas de la Escuela de Danzarinas para que se ganaran la amistad de Rabbinatt Kulí. El pobre hombre anda como loco.

Katherine hizo un esfuerzo para no reírse ante sus narices o darle una guantada por cínico y sinvergüenza.

—Rabbinatt no puede quejarse —indicó.

—¿Qué no puede quejarse? Por favor, Katherine… ¿vas a justificar la actitud de estos canallas?

—Quiero decirte que tú también pensabas robarle.

—Ah, eso sí. ¡Pues claro que era mi plan… limpiarle! Pero no de la forma que lo hicieron Clayderman y Kerr, y menos aún dejándonos a nosotros en la estacada. ¡Es cosa de gángsters!

Katherine se bebió un sorbo de whisky.

—¿Qué planes tienes ahora? —preguntó.

—Ya sabes que soy un aventurero incorregible. Después de esto la India ya me pesa. Mañana resolveré todos mis asuntos y…

—¿Te irás?

—Sí.

—¿Adónde, Gregg?

—A donde me lleve el destino.

—¿Tú solo?

El hombre la sentó sobre las rodillas.

—Sabes que soy ave de paso, pero… ¡te amo!

—Y… ¿me lo quieres demostrar ahora?

—Por eso te he llamado…

«Te muestras como lo que eres: un egoísta y un canalla», se dijo la mujer para sí. Pero ella jugaba también su propia baza y la jugaría hasta el final.

—Pues, sí.

—¡Corazón!

Momentos después, se encerraban en el lujoso dormitorio que Larson llenaba continuamente de bellas mujeres…

* * *

Gregg se despidió de Rabbinatt Kulí.

Le dijo:

—Tómatelo con calma, amigo mío. ¡Lo que Brahma da, Brahma lo quita! Lo importante es que no se haya formado un escándalo que podía arruinarte. Hice lo posible para que Karanjit se callara la boca, ya que tampoco le convenía que la gente se enterara de su fracaso como policía al no detener a dos delincuentes… ¡que encima te robaron las joyas!

—¡Y tú que te llevas a Minakchi… a la única danzarina con la que todavía no me he acostado! —se quejó Kulí, razonablemente.

—Brahma lo quiere así.

El sacerdote inclinó la cabeza. No le gustaba discutir con Brahma.

Minakchi, resplandeciente como el sol, salió del interior, prendiéndose del brazo de Gregg.

—¿Vamos, amor?

—Oh, sí.

La chica besó las venerables barbas de Kulí, susurrando:

—No pienses más en mí, maestro. Pronto otras chicas me sustituirán en tu corazón y en tu camastro… ¡Son cosas de Brahma!

El infeliz les acompañó hasta la puerta del templo y les bendijo y maldijo al mismo tiempo puesto que se hallaba de un humor de perros.

EPILOGO

CUANDO Gregg Larson, acompañado de la elegantísima Minakchi, se presentó en el domicilio particular del famoso joyero Jimmy Armstrong, que residía frente por frente al Central Park, el mayordomo les pasó a uno de los salones de la casa.

Gregg Larson llevaba bajo el brazo una cartera de mano, y dentro de la misma, un lujoso estuche que contenía seis maravillosas esmeraldas.

Armstrong era un tipo jovial como de cincuenta años.

—¿Qué tal, Gregg? —exclamó, abrazándole con cordialidad—. ¿Cómo ha ido tu safari por el Brasil?

Luego, dándose cuenta de que iba acompañado por una preciosa mujer, exclamó: —Perdón…

—Mi esposa —presentó Gregg—, Minakchi Larson.

—¿India?

—Acertó, señor Armstrong —dijo ella en correctísimo inglés—; pero me siento muy occidentalizada. Nací en Nueva Delhi.

—Lo celebro, lo celebro… —manifestó el joyero estrechándole la mano calurosamente—, todos los sinvergüenzas tienen suerte. En cambio, yo, que soy una buena persona, permanezco soltero —y sonriendo sin malicia, agregó—: Enhorabuena, mistress Larson.

Tras estos prolegómenos, tan obligados como sociales, Gregg pasó al tema comercial. —Tengo algo para ti, Jimmy.

—Vamos a verlo.

Larson abrió su cartera de mano y extrayendo un estuche del interior, perfectamente sellado, se lo entregó al otro.

Mientras éste rompía el precinto, el mayordomo, que había abierto una botella de champaña, llenaba la copa de Minakchi, que permanecía un tanto al margen de los negocios, pues lo más importante para ella era la luna de miel que sostenía con su marido.

Armstrong abrió finalmente el estuche y se quedó unos momentos suspenso, como pasmado, hasta que adivinó que se trataba de una de las burlas de su amigo.

Cerró el estuche y se lo devolvió a Gregg, diciendo:

—¿Hacen diez millones?

El alarmado fue en esta ocasión Gregg.

—¿Qué hacen?, pero ¿por qué me lo devuelves?

—Un capricho.

—¿Capricho?

Inmediatamente, se trocaron los papeles. Era ahora Gregg Larson el auténticamente pasmado.

¡El estuche estaba completamente vacío!

En lugar de las esmeraldas había una nota escrita. En el acto, reconoció la caligrafía.

La nota decía lo siguiente:

> «Esta vez te has pillado los dedos, Gregg Larson. Algunas mujeres servimos para algo más que para hacer el amor con un adorable Super Tramposo. Que seas muy feliz con la "sacerdotisa". Tuya: Katherine O'Brien.»

Larson lo comprendió todo.

Y empezó a reír, primero serenamente y al final con grandes carcajadas. Armstrong, sin saber exactamente por qué, le acompañó, y la admirada Minakchi —por aquello de que la risa es contagiosa— se sumó a la hilaridad general.

Poco después se tronchaba también el mayordomo y aquello parecía una verdadera casa de locos…

FIN

COLECCION

tam tam

Aventuras insólitas
Desenlaces inesperados
Acción y violencia
Esto es:
tam-tam

aparición semanal

EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona
PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.
Printed in Spain - Impreso en España

NOTAS

1 Reina.

2 Muchas gracias

3 Las castas fueron abolidas de derecho en 1965, pero no de hecho.

4 Ciertamente.

5 Harén.

6 Paari. Buñuelos de harina de trigo.

7 ¡Oh Brahma, cúmplase sólo tu voluntad!

8 ¡No saludable!

9 ¡Muy saludable!

10 Impúdica y terrorífica esposa de Siva.

11 Soldados indios sublevados contra los ingleses, a cuyo servicio estaban. Fue una guerra corta, pero llena de crueldad y heroísmo.

12 Amo.

13 Sacralización del sexo femenino en la figura del andrógino Siva.

14 Hijo de Siva y dios-elefante con la trompa cayéndole en espiral sobre el abdomen.

15 Uno de los héroes del Mahabarata, famoso poema épico hindú.

16 Gran Mezquita.

17 Representación del sexo masculino en el propio y andrógino Siva.

18 Danzarina.

19 Interventor.

20 Esposa de Siva. La más dulce de todas ellas.

21 Tubo sutil a través del cual se mueve la corriente nerviosa en términos yoghis.

22 La esposa guerrera de Siva. Una de sus muchas mujeres.